

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA"
CON ESTE CONTENIDO:

- * EL MONTE DE LAS ANIMAS, (Cuento), por Gustavo Adolfo Bécquer.
 - * SONETO (Poema), por Mario Picado Umaña.
 - * LA HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
 - * PAMPA Y PIEDRA, por Néstor Nocera.
 - * JOSE DE RIBERA, HITO CAPITAL DE LA EVOLUCION DE LA PINTURA ESPAÑOLA, por Fernando Baeza.
 - * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
 - * VOLAREMOS A LA LUNA EN 1980 (Opinan los sabios de la astronáutica reunidos en Zurich).
 - * LA ESCUELA NO ES SOLO UN SALON DE CLASES, por Max H. Miñano García.
 - * BIBLIOTECAS EN LA SELVA, por José de Benito.
 - * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
 - * EL VESTIDO NUEVO, por Salvador Jiménez Cañossa.
 - * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba.
- San José, Costa Rica, 21 de Febrero de 1954.—
Nº 86

El Monte de las Animas

Por Gustavo Adolfo Bécquer

LA noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas. Su tañido monótono y eterno me trajo a las mientes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo. ¡Imposible! Una vez agujoneada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato, me decidí a escribirla, como en efecto lo hice.

Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, AHI VA, como el caballo de copas.

—I—

—Atad los perros, haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Animas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración de los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima. Tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aun no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos. Los condes de Borgres y del Alcudiel montaron en sus magníficos caballos y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Animas pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria a los árabes, el rey los hizo

venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron. Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres. Los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos. Cundió la voz del reto, y nada fué parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras. Antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sen-

mas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aullan, las culebras dan horriblos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Animas, y por eso he querido salir de él antes de que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó

familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacia rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, a propósito de la noche de difuntos, cuentos tenebrosos en que los espec-



dos lutos por sus hijos. Aquello no fué una cacería. Fué una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres. Los lobos a quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse. Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las áni-

justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron el resto de la comitiva, la cual, después de incorporarse los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

—II—

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban

tros y los aparecidos representaban el principal papel; y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima —exclamó, al fin, Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban—; pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría

indiferencia; todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdenosa contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido —se apresuró a añadir el joven—. De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¿Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló a la que me dió el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuvo —contestó la hermosa—, pero en mi país, una prenda recibida compromete una voluntad. Sólo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que aun puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que, después de serenarse, dijo con tristeza:

—Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y de presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios, y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volvióse a oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó a andar de este modo:

—Y antes de que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? —dijo él clavando una mirada iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? —exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro... Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido!; se ha perdido y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¿Se ha perdido!; ¿y dónde? —preguntó Alonso incorporándose de su asiento y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¿En el Monte de las Animas —murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitio—; en el Monte de las Animas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mi fuerza en los combates, como mis ascendientes, he llevado a esta diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario de mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guar-



SONETO

*Esta fuerza de ser o de ser nada
de saber, de sentir, de ignorar todo
de volver a pensar de otro modo
¿quién es Dios... el pez o la carnada?*

*Y nosotros o el mundo o la alborada
de una vida mejor... o puro todo,
aun hasta el amor con sobretodo
¿es amor o es oveja disecada?*

*Es difícil pensar, dudar, ser algo cierto
—aunque el pecho se rompa en una esquina—
la vida es observar, buscar lo nuestro.*

*Temer felicidad o ancestral ruina
olvido, corazón, aguas de invierno
y una noche que apenas se adivina...*

MARIO PICADO UMAÑA

das y sus costumbres; y he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta; y, sin embargo, esta noche... esta noche, ¿a qué ocultárselo?, tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Dueño, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas!, cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos o arrebatarle en el torbellino de sus fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que, cuando hubo concluido, exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso, de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir la última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniendo en resolver el fuego:

—Adiós, Beatriz, adiós. Hasta pronto.

—¡Alonso, Alonso! —dijo ésta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso o aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

ban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón, y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

—III—

HABIA PASADO UNA HORA, dos, tres; la media noche estaba a punto de sonar, y Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrá tenido miedo! —exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y encaminándose a su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la Iglesia consagra en el día de difuntos a los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo, Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de las campanas, lentas, sordas, tristísimas y entreabrió los ojos. Creía haber oído, a par de ellas, pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento —dijo; y poniéndose la mano sobre el corazón, procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más violencia. Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes, con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primeramente y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden, éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador. Después, silencio; un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante; lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve y cuya aproximación se nota, no obstante, en la oscuridad.

delantó la cabeza fuera de las cortinillas, y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba a escuchar; nada, silencio.

Veía, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones; y cuando dilatándose, las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! —exclamó, volviendo a recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho—; ¿soy yo tan medosa como esas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir...; pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporarse más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta se habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito, y arrebujándose en la ropa que la cubría, escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soría, unas cercas, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin, despuntó la aurora: vuelta de su temor, entreabrió los ojos a los primeros rayos de luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía a reirse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto, sangrienta y desgarrada, la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fué a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron desfavoridos a comunicarle la muerte del pueróginito de Aleudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre la maleza del Monte de las Animas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta, ¡muerta de horror!

—IV—

DICEN QUE DESPUES de caecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Animas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soría enterrados en el atrio de la capilla levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y, caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada que, con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA (20)

Por Rafael Obregón Loria

TOMO posesión de la Presidencia de la República el 8 de mayo de 1890 el licenciado don José Joaquín Rodríguez Zeledón, quien había sido declarado popularmente electo el día 3 de mayo anterior.

El 11 de setiembre de 1892 el Presidente Rodríguez disolvió el Congreso, y siguió gobernando como dictador, hasta el 14 de setiembre de 1893 en que restableció el orden constitucional.

Designados en la administración del licenciado don José Joaquín Rodríguez Zeledón

Para este período fueron electos Designados a la Presidencia de la República, los siguientes ciudadanos: Doctor Pánfilo Valverde, Primer Designado; doctor Carlos Durán Cartín, Segundo Designado; y don Joaquín Lizano Gutiérrez, Tercer Designado.

Secretarios de Estado en el gobierno del licenciado don José Joaquín Rodríguez Zeledón

Licenciado Ezequiel Gutiérrez Iglesias: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, hasta el 27 de julio de 1891, en que renunció.

Doctor Pánfilo Valverde Carranza: Hacienda, Comercio e Instrucción Pública. El 28 de julio de 1891 dejó la Cartera de Instrucción Pública. Renunció las otras el 25 de octubre de 1893.

Don Joaquín Lizano Gutiérrez: Gobernación, Policía y Fomento, hasta marzo de 1892 en que renunció.

Don Rafael Iglesias Castro: Guerra y Marina. Del 25 de octubre de 1893 en adelante tuvo como recargo las Carteras de Hacienda y Comercio.

Doctor Pedro León Páez Brown: Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, nombrado el 28 de julio de 1891. El 4 de marzo de 1892 dejó estas Carteras, y tomó las de Gobernación, Policía y Fomento. El 3 de junio siguiente renunció su cargo.

Licenciado Pedro Pérez Zeledón: Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 4 de marzo al 7 de junio de 1892.

Licenciado José Vargas Montenegro: Gobernación, Policía y Fomento, nombrado el 3 de junio de 1892. En enero de 1894 se separó del Despacho.

Licenciado Manuel Vicente Jiménez Oreamuno: Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 7 de junio de 1892.

Sub Secretarios de Estado en el gobierno del licenciado don José Joaquín Rodríguez Zeledón

Licenciado Gerardo Castro Méndez: Gobernación, Policía y Fomento, hasta el 12 de mayo de 1890 en que fué nombrado Magistrado.

Don Faustino Viquez Zamora: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, hasta el 20 de julio de 1891.

Licenciado Ricardo Pacheco Marchena: Gobernación, Instrucción Pública, Policía y Fomento, desde el 12 de mayo de 1890. El 1º de agosto de 1891 dejó la Subsecretaría de Instrucción Pública la cual fué anexada a Relaciones Exteriores. De enero de 1894 hasta el fin del período en mayo si-

guiente, estuvo encargado del Despacho de Gobernación y Carteras anexas.

Don Eloy Truque García: Hacienda y Comercio, todo el período.

Licenciado Carlos Sáenz Esquivel: Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 20 de julio de 1891 al 11 de abril de 1892, en que renunció.

Don Manuel L. Brenes: Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 11 de abril de 1892.

Don Agustín Gutiérrez Iglesias: Guerra y Marina, hasta el 9 de noviembre de 1893.

Don Gerardo Lara Avellán: Guerra y Marina, desde el 9 de noviembre de 1893.

Hechos importantes en esta administración.

Se acuerda construir el Teatro Nacional y se inician los trabajos.

Se deroga el decreto de 20 de agosto de 1888 y se restablece la Universidad de Santo Tomás (Este decreto no se llevó a la práctica).

Llega el edificio metálico y se arma para instalar en él las escuelas graduadas.

Se funda una biblioteca pública en Cartago y otra en Heredia.

Se clausura la Escuela de Agricultura para reorganizarla más adelante debidamente. En efecto, posteriormente se firmó un contrato con el doctor Antonio Cruz Polanco para establecer un Colegio Agrícola Centroamericano.

Se crea un Museo Nacional Pedagógico en la Inspección de Escuelas de San José.

Se inaugura la estatua de Juan Santamaría en Alajuela (15 de setiembre de 1891).

Celébrase un contrato con Antonio Maceo Grajales (el Héroe cubano) para la fundación de una colonia en el cantón de Nicoya.

Se adopta como texto para los colegios y escuelas nacionales la obra titulada "Elementos de Historia de Costa Rica", escrita por don Francisco Montero Barvantes, y se manda a editarla por cuenta del Estado.

Designase el sitio llamado Plaza de la Estación para colocar el Monumento que por decreto de 27 de octubre de 1857 se dispuso levantar en conmemoración de los triunfos obtenidos en la guerra contra los filibusteros.

Se declara obligatorio para todo inmueble situado en San José el establecimiento de cloacas y su uso, así como el del servicio de agua para toda finca habitada, y se autoriza a la Municipalidad para lanzar un empréstito.

Se declara denunciante la milla marítima en el golfo de Nicoya.

Se establece en las escuelas primarias la enseñanza religiosa; pero después, se estableció también en la Sección Normal del Liceo y en el Colegio de Señoritas.

Se suprime la aduana central de San José y sus funciones se recargan en las aduanas de Limón y Puntarenas.

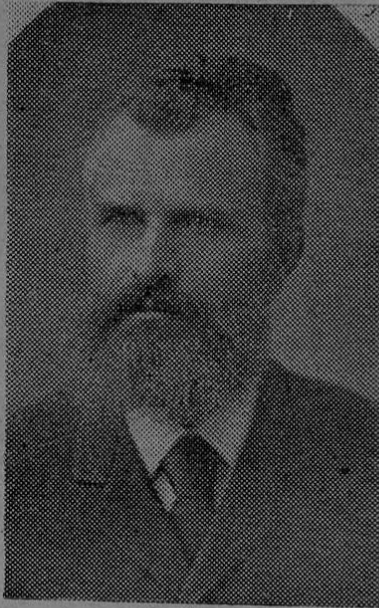
Se ordena la creación de bibliotecas escolares.

Se manda tributar honras fúnebres a los restos del Capitán José María Rojas, muerto en la Campaña Nacional, y se manda colocar sobre su bóveda una lápida de honor.

El partido clerical llamado Unión Católica se levanta en un

mas, pero fracasa el movimiento.

Licenciado JOSE JOAQUIN RODRIGUEZ ZELEDON



PADRES: Sebastián Rodríguez Mora y Francisca Zeledón Mora.

NACIO en San José, Bautizado el 6 de enero de 1838.

CASO en San José el 25 de abril de 1870 con Luisa Alvarado Carrillo.

A los 14 años de edad fué enviado a Guatemala con el propósito de que terminase su enseñanza secundaria e iniciase estudios de derecho; allí estuvo 7 años, pero la muerte de su padre lo obligó a regresar en 1860. En Costa Rica completó su carrera incorporándose como abogado el 8 de junio de 1868.

Desempeñó el señor Rodríguez los cargos de Registrador de la Propiedad, diputado por San José, Juez, y magistrado en varias ocasiones. Formó parte de la Asamblea Constituyente de 1880 disuelta por Guardia. 1882 se le nombró para integrar la Comisión Codificadora que produjo nuestros Códigos Civil y de Procedimientos. En 1886, y por pocas semanas, sirvió un Ministerio en el gobierno interino del general Apolinar de Jesús Soto, Primer Designado en ejercicio del Poder.

En 1889 fué postulado el señor Rodríguez candidato a la Presidencia de la República, obteniendo el triunfo por gran mayoría. Durante su administración se tomaron importantes medidas de progreso y se hicieron adelantos en materias de educación, pero en agosto de 1892 disolvió el Congreso, y desde entonces tuvo un fuerte sector de la opinión pública en contra.

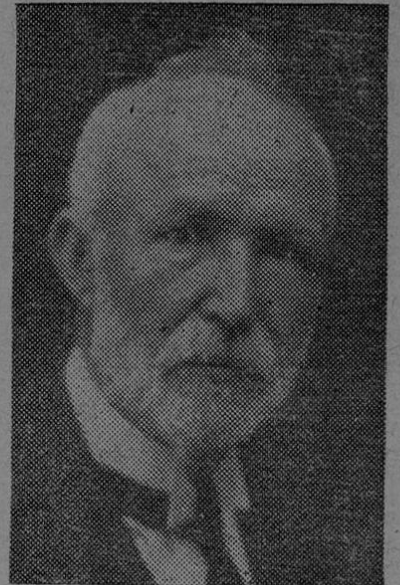
Para el período siguiente se le nombró Primer Designado, y en 1898, nuevamente Presidente de la Corte Suprema de Justicia.

Vivió una larga vida rodeado del respeto de los costarricenses, y de él dijo en sus funerales el licenciado don Leonidas Pacheco: "...Nuestra sociedad ha sido profunda y sinceramente conmovida y la nación sufre una dolorosa pérdida, porque el noble anciano que venimos a devolver a la madre tierra era para los costarricenses un prestigio viviente, para el Foro un orgullo, para la Magistratura un modelo, para su hogar el venerable patriarca de luz guiadora, para sus amistades leal, benévolo y sonriente, para Costa

Rica una reliquia de aquellos hombres de la vieja tierra que creían en Dios y creían en el honor..."

MURIO en San José el 1º de diciembre de 1917.

Doctor PANFILO VALVERDE CARRANZA



Primer Designado a la Presidencia de la República y Secretario de Estado en el gobierno del licenciado don José Joaquín Rodríguez.

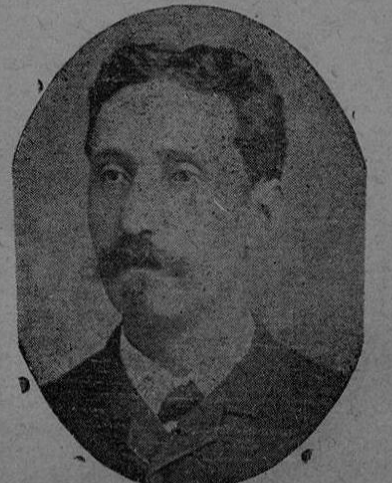
PADRES: Jesús Valverde Alpizar y Josefa Carranza Umaña. NACIO en San Vicente de Moravia el 1º de junio de 1852.

CASO en San José el 21 de abril de 1879 con Emma Carranza Montealegre.

Se graduó de médico y cirujano en la Universidad de Gotingen, Onsbuck, Alemania, en 1875, pasando luego a Praga (Bohemia) y a Viena (Austria) para perfeccionarse en la profesión. Presidente de la Facultad de Medicina de Costa Rica. Diputado al Congreso Constitucional. Designado a la Presidencia de la República. Secretario de Estado. Colaboró en la obra de saneamiento de Puerto Limón. Postulado como candidato a la Presidencia de la República, renunció dicha candidatura. En los últimos años estuvo retirado de la política, concretándose a su profesión y a labores agrícolas.

MURIO el 12 de diciembre de 1929 en Panamá, donde había ido a someterse a un tratamiento médico.

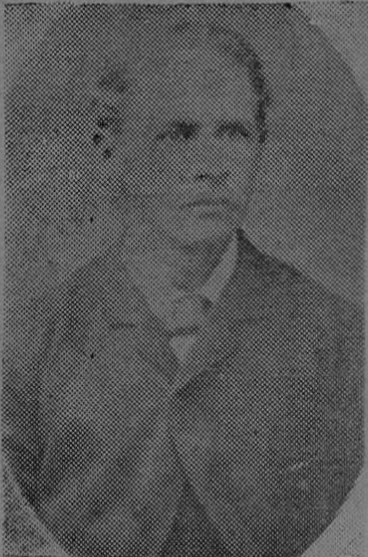
Doctor CARLOS DURAN CARTIN



(Sus datos personales fueron consignados anteriormente). Segundo Designado a la Presi-

dencia de la República en la administración del licenciado José Joaquín Rodríguez Zeledón.

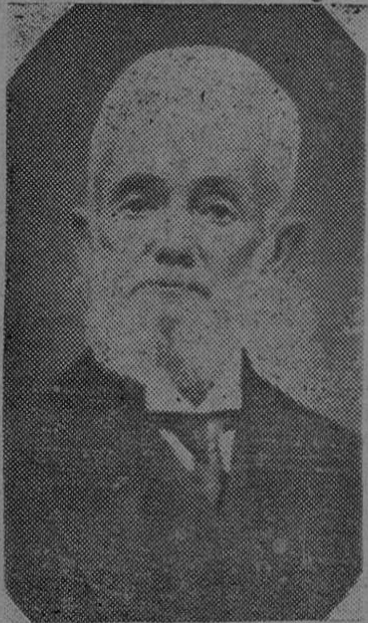
Don JOAQUIN LIZANO GUTIERREZ



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Tercer Designado a la Presidencia de la República y Secretario de Estado en el gobierno del licenciado don José Joaquín Rodríguez.

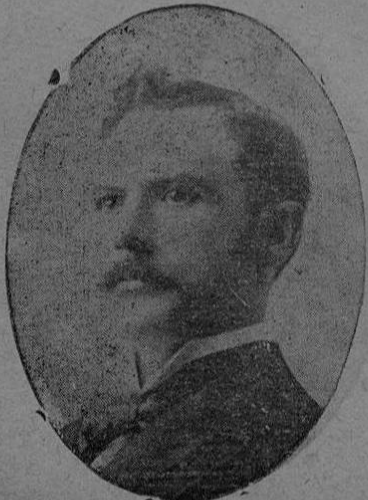
Licenciado EZEQUIEL GUTIERREZ IGLESIAS



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, hasta el 27 de julio de 1891.

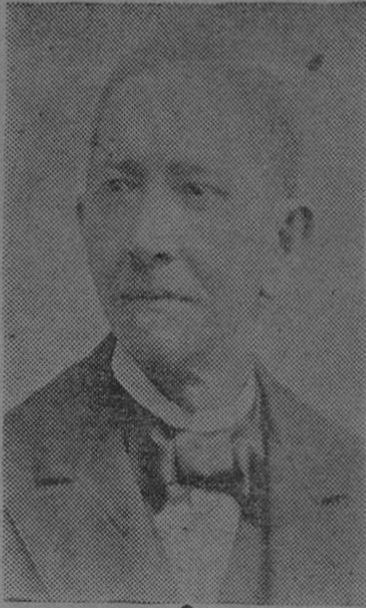
Don RAFAEL IGLESIAS CASTRO



(Sus datos personales serán consignados más adelante).

Secretario de Estado en varias Carteras en el gobierno del licenciado don José Joaquín Rodríguez Zeledón.

Doctor PEDRO MARIA LEON PAEZ BROWN



Secretario de Estado en varias Carteras del 28 de julio de 1891 al 3 de junio de 1892.

PADRES: Pedro de León Páez y Manuela Brown.

NACIO en Cartagena, República de Colombia, el 29 de junio de 1835.

CASO en Costa Rica en primeras nupcias con Victoria Marchena Prieto, y en segundas nupcias el 27 de abril de 1870 con Lucina Marchena Prieto.

Vino a nuestro país en 1860 y fundó un Colegio en Cartago. Doctor en Leyes. Se incorporó ante nuestro Supremo Tribunal de Justicia el 22 de abril de 1872. Catedrático de la Universidad de Santo Tomás. Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Diputado y Presidente del Congreso Constitucional.

MURIO en San José el 22 de diciembre de 1903.

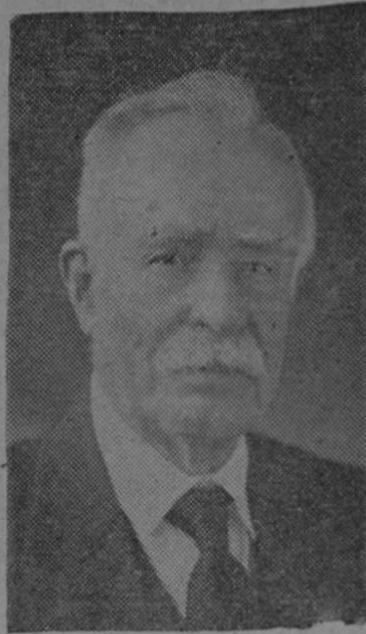
Licenciado PEDRO PEREZ ZELEDON



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 4 de marzo al 7 de junio de 1892.

Licenciado JOSE VARGAS MONTERO



Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento, desde el 3 de junio de 1892.

PADRES: Joaquín Vargas y Paulina Montero.

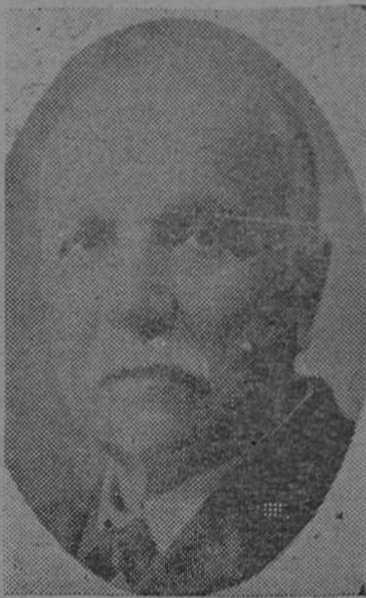
NACIO en Escazú el 29 de marzo de 1846.

CASO el 19 de mayo de 1870 con Dorotea Calvo Mora.

Se graduó de abogado en la Universidad de Santo Tomás el 24 de abril de 1871. Alcalde Primero de San José. Registrador de la Propiedad e Hipotecas. Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Secretario de Estado. Diputado al Congreso Constitucional.

MURIO en San José el 11 de julio de 1930.

Licenciado MANUEL VICENTE JIMENEZ OREAMUNO



Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 7 de junio de 1892.

PADRES: José Manuel Jiménez Zamora y Dolores Oreamuno Carrazo.

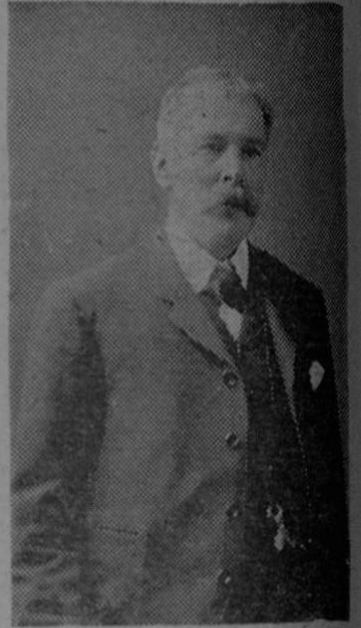
NACIO en Cartago el 25 de julio de 1844.

CASO el 10 de agosto de 1875 con Juana Ortiz Garita.

Hizo sus estudios de Derecho en Guatemala hasta graduarse de abogado en 1868. Miembro de las Asambleas Constituyentes de 1869 y 1871. Magistrado y Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Presidente del Colegio de Abogados.

MURIO el 13 de enero de 1908.

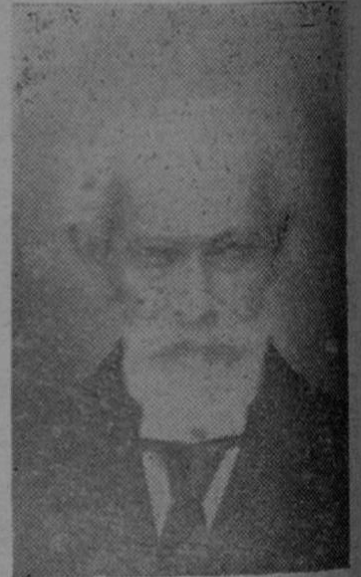
Licenciado GERARDO CASTRO MENDEZ



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento hasta el 12 de mayo de 1890.

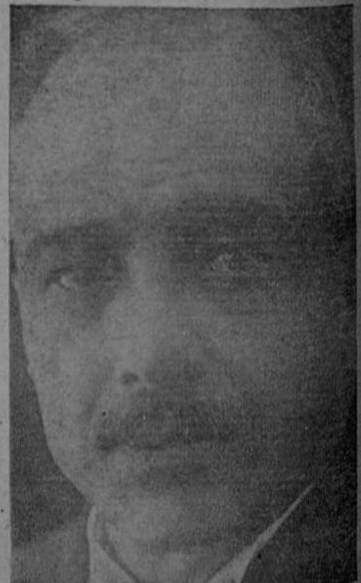
Don FAUSTINO VIQUEZ ZAMORA



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, hasta el 20 de julio de 1891.

Licenciado RICARDO PACHECO MARCHENA



(Sus datos personales serán consignados más adelante).

Sub Secretario de Estado en

varias Carteras en la administración del licenciado José Joaquín Rodríguez.

Don ELOY TRUQUE GARCIA



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del licenciado José Joaquín Rodríguez.

PADRES: Vicente Vinicio Truque Pérez y Nicolasa García.

NACIO en Popayan, Colombia, en 1848.

CASO en Costa Rica con Gertrudis Gutiérrez Figueroa.

Vivió por más de cuarenta años en Costa Rica donde obtuvo Carta de Naturalización. Ya en 1882 era Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda y Comercio. Durante la administración de don Rafael Iglesias, y como Sub Secretario, estuvo encargado de las Carteras.

MURIO en San José.

Licenciado **CARLOS SAENZ ESQUIVEL**



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 20 de julio de 1891 al 11 de abril de 1892.

PADRES: Vicente Sáenz Llorente y Marcelina Esquivel Fernández.

NACIO en Liberia, Guanacaste, el 19 de mayo de 1861.

CASO en San José en 1888 con Celina Herrera Paut.

Se graduó de licenciado en leyes el 29 de mayo de 1883. Fué diputado y Secretario del Congreso Constitucional. Su bufete fué uno de los más acreditados de la capital no sólo por su talento e ilustración sino también por su reconocida honorabilidad.

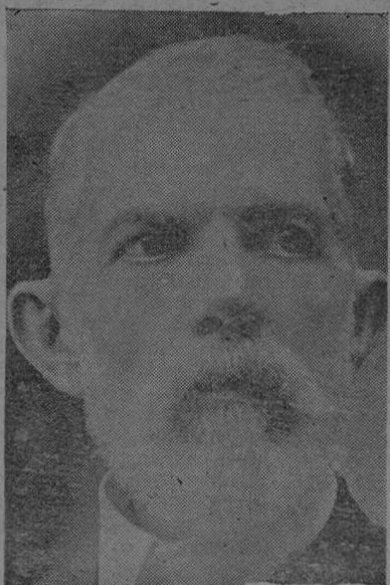
MURIO en San José el 4 de abril de 1919.

Don MANUEL L. BRENES

Sub Secretario de Estado en las Carteras de RR. EE. Insutreción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 11 de abril de 1892.

(No tenemos ni datos ni fotografía).

Ingeniero **AGUSTIN GUTIERREZ IGLESIAS**



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina, hasta el 9 de noviembre de 1893, en que renunció.

PADRES: Francisco de Paula Gutiérrez Peña y Ramona Iglesias Llorente.

NACIO en Cartago el 28 de marzo de 1842.

CASO el 16 de julio de 1879 con Julia Ross Hazera.

Fué administrador de las aduanas de San José y de Puntarenas, pero se dedicó principalmente al ejercicio de su profesión y a negocios particulares.

MURIO en San José.

Don GERARDO LARA AVELLAN



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina, desde el 9 de noviembre de 1893.

PADRES: Apolonio Lara Arguedas y Jesús Avellan Taboada.

NACIO el 25 de mayo de 1860.

CASO el 22 de enero de 1893 en San José con Rosalía Iglesias Castro.

Hizo sus estudios en la ciudad de Cartago, en el tiempo de los señores Fernández Ferraz, graduándose de bachiller a los 14

POEMAS CINEMATOGRAFICOS DE IAN HUGO

En la cinemateca de París acaban de proyectarse un par de películas cortas del cineasta norteamericano Ian Hugo: "Las campanas de Atlántida" y "Ai-yé", ambas exhibidas en los festivales cinematográficos de Venecia y Edimburgo, y la segunda, que data de 1950, incorporada ya al repertorio de muchos "cine-clubs" de Gran Bretaña y Estados Unidos.

El realizador se aparta radicalmente en una y otra de los moldes habituales del documental o "film" de arte. Tanto por su montaje como por su acompañamiento sonoro, los dos "cortos metrajá" de Hugo constituyen una verdadera aventura de la imaginación. Cócteau los llamaría poemas. Sus metáforas plásticas, su ritmo visual, su misterio, las acercan, en efecto, al poema y por momentos las identifican totalmente con éste; pero quizá falte en ambas el rigor de composición o de acentuación que la poesía, dicha estricta, exige siempre antes de extender sus diplomas. De todas maneras, las imágenes de estas dos obras estimulan zonas del sentir del espectador que aun el cine llamado en un tiempo "de vanguardia" había dejado sin explorar.

"Ai-yé" se distingue por su montaje nada convencional de las imágenes corrientes de cualquier documental en colores. Tomas de hombres, animales, viejos ídolos, rocas, ríos y pájaros en vuelo o en reposo son en este "film" como retazos que, unidos, se propusieran constituir una misteriosa tapicería Latinoamérica. Inocente de todo sentido didáctico, este tapiz no ofrece al espectador otra clave que las picantes analogías de la imagen. Así, el rostro de un mono, el de un indio o el de un ídolo de Chichén Itzá se identifican en una latitud determinada de la vida. El "leit-motiv" de un nadador que se tira al mar desde un acantilado, repetido como el de la quilla del barco que avanza por el río, a lo largo de toda la película, parecería subrayar un tema implícito

en esta: el de la vuelta del hombre a su origen acuático, en busca del secreto de la evolución. Este tema, apuntado en otras metáforas visuales de la obra, le da una especie de consanguinidad con "Las campanas de Atlántida".

El que todo ello quede o no en claro para el espectador desprevisto no constituye un problema grave para el realizador. Su interés primero es el de suscitar ideas en vez de proponer temas; y así Hugo renuncia deliberadamente, no sólo a narración o a los títulos, sino a todo lenguaje cinematográfico coherente que pueda ayudar al espectador. Hasta la banda de sonido ha sido arrancada por sorpresa a Ozzie Smith y sus compañeros de canto y batería durante una primera exhibición del "film", trámite que viene a confirmar el lugar común de que las improvisaciones hay que prepararlas cuidadosamente. De todas maneras, la mezcla de fonemas, recitativos y onomatopeya antillana se aviene curiosamente por momentos con el carácter casi onírico que las tomas de Hugo han adquirido por industrias del cuarto de cortes. Lo positivo es que, aun por encima de las intenciones del realizador, "Ai-yé" queda en la memoria como el latido bárbaro de un gran continente en gestación y como la síntesis de ciertas fuerzas vitales que hacen de nuestra América la incógnita y la esperanza del mundo.

La sorpresa de la banda de sonido constituye también el rasgo más original del segundo "film" de Hugo "Las Campanas de Atlántida". Por 1ª vez en el cine, el ingeniero de sonido se transforma en compositor y crea, por el simple juego de ondas electrónicas, una suerte de concierto submarino que da extraordinaria sugestión a las tomas acuáticas en color. Golpes de mar y viento, voces sordas de ahogados, burbujas de gran buzo que respira, quejidos de más tiles y obengues y lo que parecería el canto inédito de las sirenas; de todas estas cosas cree uno percibir en el registro sonoro de Louis y Bebe Barron. Y todas ellas juntas aventajan en muchos aspectos a la música que los modernos compositores franceses han dado en llamar "concreta".

En la pantalla lo que se ve mientras tanto, son tomas de una mujer que viaja en una barcaza superpuestas desde el principio hasta el fin a otras compuestas en el "estudio". Estas últimas representan el calvario de la marcha de esa mujer desde el fondo del mar hasta la superficie, los brazos extendidos en cruz o reptando por una interminable columna de cemento. La superposición de dos visiones distintas crea, de una manera tan económica como eficaz, el fondo vivo y móvil de mar requerido por el poema de Anaís Nin que la película ilustra, poema que es como un "racconto" afiebrado de la evolución, del pez al hombre. Artísticamente "las campanas de Atlántida", pese al recitado que la acompaña en algún momento, tiene una prestancia y redondez que "Ai-yé", con su aire de experimento arriscado, no llega a alcanzar.

De cualquier manera, las obras de Ian Hugo recientemente exhibidas en París son de por sí dos interesantísimas adiciones a las listas de las muchas cimitecas que en Sud y Centro América buscan crear ese repertorio verdaderamente original de películas que nunca les ofrecerán las casi agotadas fuentes comerciales del cine.

años, con diploma de honor suscrita por el director en 1875 don Jesús Jiménez.

En 1889 fué uno de los fundadores del partido Constitucional que llevó al Poder al licenciado don José Joaquín Rodríguez, y su actuación fué muy destacada en los sucesos del 7 de noviembre de ese año. Al tomar el Poder el doctor don Carlos Durán fué nombrado Comandante de Policía de San José, y en aquellos momentos críticos fué de los que más se distinguieron en afianzar la tranquilidad pública. Poco después, el 4 de enero de 1890 fué nombrado Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina. El Presidente Rodríguez lo distinguió con su mayor confianza hasta nombrarlo Sub Secretario de Estado en las Carteras ya citadas. Este cargo lo ocupó también durante la administración de don Rafael Iglesias. Durante la primer administración de don Ricardo Jiménez fué Gobernador y Capitán de Puerto de Limón. El señor Lara Avellan, puede decirse que fué uno de los fundadores de la Oficina de los Archivos Nacionales, e hizo en Europa el trabajo de los índices. De 1914 en adelante, hasta su muerte, fué Director de los Archivos Nacionales.

MURIO en San José el 30 de julio de 1926.

PAMPA y PIEDRA

Por Néstor Nocera

El accidente geográfico determina la idiosincrasia del individuo.

La quebrada y la montaña guardan en su hondura y en su espaldada la sorpresa.

La pampa borra el entrecejo fruncido. La pampa abre la mano... Entona el canto simple y dulce de la guitarra... El Norte juega escondiendo su verdad entre peñas y entre espinas. La piedra previene el ánimo y arma el gesto.

El gaucha de la pampa echa los párpados al viento. El coya los encoje en atención. El bombo isócreno es el pulso de los siglos rebotando en las montañas... La quena: el dolor del indio soportando el peso agobiador del paisaje.

El pampeano lanza su mirada sobre el verde y alcanza un horizonte tranquilo; sólo quiebra, de a ratos, el quieto silencio del panorama el ombú... Pero el ombú es manso y es simple... Es sombra que acoge y verde que refresca y alienta... Es una mano amiga tendida en la distancia cansada.

Detrás de él no se esconde nunca el infiel ni la fiera.

La mirada del coya se golpea en la montaña y se lastima en las espinas. Sus pupilas sangrantes tiñen en dolor la roca dura. Detrás de esa mole parda y misteriosa tal vez ensaya su intención un brazo armado o una garrilla afilada. La piedra ofende. La pampa se defiende.

Por ello la música de la pampa canta un argumento que se percibe hasta su desenlace desde su primera nota. No quiebra su ritmo ni altera su melodía la angustia repentina, la sensación súbita. Su valor espiritual está condensado en cada una de sus partes y en el todo por igual. Diríase que existe un equilibrio de espesor en su longitud... Es música que no sorprende ni se sorprende. Es una caricia de mano abierta, sin temblor de duda ni tibio de misterio. Es que la pampa habla el mismo idioma del hombre. La pampa es desnuda y clara. Es inmensa pero ingenua. Está en silencio pero no en acecho. Cuando dice, dice con furia, pero abiertamente. El pampero ataca y castiga, pero con armas claras y terrenas. La distancia de la pampa agota, pero no perturba. La mirada del coya se hace luz hacia la montaña, pero al volver de ella lo encandila y lo confunde. Va y vuelve, por eso su música también va y vuelve. Va cargada de dudas y vuelve sobre sí mismo preñada de misterio.

La mirada del pampeano aquiebra su inquietud en la distancia... Se cansa y descansa, a la vez, en la tranquilidad verde. No vuelve, no rebota, se pierde, se esfuma, simplemente: se muere. Por ello su música tampoco vuelve sobre sí y la interroga. Sale realizada y quieta, y sólo se aligera y se perfuma en el contacto amoroso de los pastos... El coya hace: uuhhh... uuuuuuhhhhh...; la piedra hace: uuuuuuhhhhh... uuuuuuhhhhh... Va la nota o el grito a la montaña y vuelve un lamento y un alarido... La piedra juega el desafío punzante de su eco sobre la sencillez del origen. La naturaleza envuelve en su potencia de siglos y de masa el argumento humilde del individuo. La pampa la adorna y la acaricia en tules. La montaña la

encierra en armadura de piedra; a través de ella y en gritos desgarrantes de libertad llega la voz del indio aprisionado: esclavo de la excelsa aristocracia de la piedra... La piedra, hermosa y pedante, señala su fuerza en la alborada y pinta su misterio en las dudas del crepúsculo. En la pampa el sol juega con el trébol en las mañanas y echa a rodar su disco rojo por las tardes en la orilla del paisaje... Su aparecer es un manso: "¡BUEN DIA!"... Su esconderse es un simple y amigo: "¡HASTA MAÑANA!"...

La piedra guarda el peligro de aprisionarlo un día para siempre jamás. De echarse sobre él una tarde y destrozar los ojos del coya con mil cristales de fuego.

El crepúsculo pampeano lleva en concepción el claro amanecer de un seguro mañana.

El ocaso en la piedra siembra en las almas la duda de otra alborada.

El silencio de la pampa es silencio. El silencio de la piedra no es silencio. Es una calma de alarma y que por momentos habla, canta, se agranda inmensamente y ensordece. La piedra tiene la música fantástica de su silencio. El silencio de la pampa, por inmenso, también tiene voz, pero su voz es voz de silencio. El silencio de la piedra es el velo sutil con que disimula su acechanza un misterioso idioma de: ¡QUIEN SABE!...

La insistencia monocorde y fatal del bombo consume la melodía humana de la quena.

El gaucha de la pampa intenta llegar a Dios con su música y nada ni nadie se interpone.

El coya ve arrebatarse su mística oración por la piedra. Su canto es una sufrida protesta de liberación. Es un manotear hacia arriba para arrancar de sobre sus hombros el peso gigantesco de la montaña. La lucha de siglos, la resignación de la raza, la costumbre del combate desigual, diríase que ha pintado un pesimismo optimista, por ello, de a ratos alegre, de a ratos intrascendente.

La irregularidad de la impotencia, el equilibrio secular de la lucha superior hace llanto en sus alegrías y casi un claro paradójico en lo trivial y en lo ligero.

La pampa tolera la conquista. La piedra se resiste. La pampa invita a compartir su abofego de perfumes y distancias. La piedra afirma desafiante el lenguaje mucho de sus formas. La pampa regala pasiva sus atardeceres y sus noches para que el gaucha conjugue el amor de su amada.

La piedra impone la religión de sus silencios en el idilio indiano. La pampa, admira... la piedra, actúa... La piedra, como un inmenso sacerdote, sacramenta el murmullo de amor en sus quebradas... Como un atalaya épico vigila el romance en los valles dormidos. Es una tarde cualquiera... Un aguilucho pa rece dormir en su vuelo... hay un cansancio caliente, el sol se destroza en las piedras... los surcos resechos transpiran humos azules... Los cactus hacen esgrima con los rayos de luz... Una mula antigua entierra su hocico y resopla su sed... De pronto, una nube distraída esconde al padre Sol... Entonces el aire respira... Las espinas espían el milagro y sonríe una culebra... ¡Está lloviendo en alguna parte!... Un fresco de humedad rebautiza de vida los pobres pastos... Una pa reja de coyitas juega su amor detrás de unas piedras...

La conquista del espacio.—

VOLAREMOS

Opinan los sabios de la astronáutica reunidos en Zurich



320 kilómetros de altitud, los tres pasajeros salen del sopor en el que los ha sumido el anestésico administrado antes de la partida. Están viajando desde hace cuarentiocho minutos y medio, a una velocidad que alcanza — 27.500 kilómetros por hora. Lanzado de un atol del Pacífico, el artefacto volará, entonces, sobre el oeste de América, la que será viable con un potente telescopio, como un minúsculo cono, y animado, a pesar de la distancia, de un rápido movimiento. La ascensión se detendrá y, sin embargo, a diferencia, de un obús cuando llega al final de su trayectoria, no empezará a descender. Su carburante se habrá agotado y sus motores pararán, pero la velocidad obtenida hará entonces, con la gravitación, un equilibrio exacto, si bien comenzará a girar alrededor del globo terrestre, como la Luna, y por la misma razón. La Tierra habrá obtenido su primer satélite artificial.

Los que crean que se trata de una vertiginosa anticipación, se equivocan. Los trabajos están en marcha: en la base de ensayos en White Sand, en el Estado de Nueva México. Fué allí donde hace cuatro años, se lanzó el famoso proyectil cohete W. A. C., que se elevó hasta 400 kilómetros de altura — pero a una velocidad aún muy débil para eximirlo de la obligación de regresar a la tierra. Desde entonces un tupido secreto militar cayó sobre las experiencias de White Sand. Pero suceden cosas muy extrañas en las arenas de Nueva México, lo que hace suponer que las experiencias son más intensas que nunca. Por otra parte, el más grande especialista en proyectiles a reacción ha sido autorizado a publicar una descripción completa de la "Baby Space Station" que será el primer paso del hombre hacia la conquista del espacio. Es en esta caja de acero que, dentro de pocos años, los tres primeros pasajeros estarán dando vuelta alrededor de la tierra.

De todos modos estos primeros exploradores de la exósfera no serán sabios ni tampoco condenados a muerte. La muerte caerá sobre tres de esos monjes de gran inteligencia y corto apetito, conocidos con el nombre de "Rhesus monkeys".

Dichos animales, serán, en verdad, conejillos de indias. Ingeniosos aparatos científicos registrarán las reacciones de sus organismos a fenómenos aun inéditos, como la supresión de la gravedad y el bombardeo de los rayos cósmicos. Dichas informaciones serán retransmitidas automáticamente por radio y televisión a los observadores terrestres. A los sesenta días de la partida una emisión automática de gas asfixiante pondrá término, dulcemente, a la existencia de los tres compañeros de viaje, lúgubre símbolo de un ensayo asombroso del genio humano.

El proyectil de los simios será derretido por el fuego

El primer satélite artificial no será permanente. A 320 kilómetros de altura, en la zona que los sabios llaman exósfera, existe aún una mínima cantidad de aire,

la que, aunque tenue, será suficiente para frenar el bolido y le permitirá aminorar su velocidad. Será suficiente esperar las capas superiores de la estratosfera para que una fricción de aire más denso provoque una enorme cantidad de calor, que derretirá el pequeño cono; el que, mientras tanto, habrá dado vueltas alrededor de la tierra durante dos meses.

El creyente — el misionero — y el que quiere ser el primer realizador del satélite artificial, es Wernher von Braun, el teórico y constructor de los V2. Nada de romántico hay en este hombre, quien nació en la época en que el hombre empezaba a creer que nada era imposible.

En Alemania había un grupito de anarquistas pacíficos e iluminados. Su obsesión era aplicar a los vehículos rodantes y volantes, la propulsión a reacción. Pero su sueño preferido: los viajes interplanetarios que el cohete hace teóricamente posible, porque funciona en el vacío tan bien y hasta mejor que en el aire.

El Colón del espacio "arrolló" a Hitler

Cuando Wernher von Braun, en la primavera de 1930 se incorporó a esa sociedad de excéntricos, los resultados eran todavía decepcionantes.

Bruscamente, las perspectivas cambiaron. Hitler no había aun llegado al poder, pero la inminencia de su triunfo daba los primeros resortes al rearme alemán. El ejército se interesaba por los cohetes, y acordó una subvención y su protección a Wernher von Braun, y en 1937, en la desembocadura del Oder, Wernher pudo construir su campo de ensayos, que subsistió hasta 1945, año de la derrota de Alemania.

La historia del desarrollo de las V2 no concierne a este artículo sino en la medida en que es necesario esclarecer la personalidad de Wernher y las tentativas a las cuales ahora está asociado. En plena guerra, Wernher ocupaba a veintemil técnicos y enormes recursos. El clásico militarismo alemán con Keitel a la cabeza, con siderable ruinoso para Alemania el mantener ese campo experimental, y trató de suprimirlo. El "affaire" fué llevado hasta Hitler, pero un informe de la Gestapo dice que el asunto fué rechazado por éste en dos minutos. El doctor Wernher fué el único que habló con el Fuehrer, con claridad y precisión. El centro de experimentación fué dotado de medios aun más poderosos, y, dos años después, las primeras V2, sembraban la destrucción y la muerte en Londres.

Más que fabricantes de armas destructivas, Wernher soñó siempre con ser el Cristóbal Colón del espacio. Y al respecto, se recuerda las enigmáticas palabras que el inventor de la V2, habría pronunciado: "Gracias a esta guerra, muy pronto viajaremos a la luna. Pero esto no se lo dije a Hitler".

Después de la derrota de Alemania, Wernher fué encarcelado, y a los pocos meses, desnazificado y enviado a Norteamérica, donde llegó en 1945. El año siguiente se casó con una compatriota, María von Quistorp, la que le dió una hija, Iris Careen, y en 1950, obtuvo sus documentos de nacionalización: el Departamento de Defensa norteamericano lo nombró director técnico para el des-

A LUNA EN 1980

les tele-guía (Alabama). en Norte de Alemania: "Si le mán, dicen amigos sumas xiravagantes el peligro no las prácticas

pone en dudos principios basa Wernheron verifintos indiscuidos de que o al hombre.

ra lanzar un

artificial el del doctor in enorme arto, a 320 kiló-a una célula tros, pero, en artida se pre no de por lo altura y 12 en la base, ltimo de los mo satélite, inferiores con que se des- que la fuer- ulsada. Estas upeditadas al nuevo "car- más enérgi- co 2. A falta de del artefac- ras. Es neces- la Eiffel pa- de la tierra un or de un gu- sco J. Camp- que una nave de, debería te- s medidas del tos de Wern- que los acom- an al pequeño simios que e- inminente. La te a la con- e la luna. Ve- es un satélite e, y habitado fin científico, ción militar, rdadero medio dial. Hace cin unto ministro stal, anunció e tratjaba en un nuevo pla- ericana en el

dará la vuelta las

las maquetas tan precisas y las de los gran ánticos. La for



ma y el moblaje son tan familiares que han destruido de antemano la sorpresa de los que serán los primeros pasajeros de este submarino astral. Revestidos de escafandras especiales, los hombres podrán salir, caminar por el exterior del artefacto, apartarse, flotar en el espacio, sin pesos, pero provistos de motores a reacción individuales, que se estabilizarían y asegurarían la libertad de sus movimientos. A 1.720 kilómetros de altura se desplazarían a 25.000 kilómetros por hora—veinte veces más rápidos que el sonido—pero no tendrían conciencia de tal velocidad, sino viendo la tierra. El satélite dará la vuelta al globo terrestre en dos horas.

La construcción del satélite es el capítulo más extraordinario de esta novela de anticipación, considerada científicamente como realidad en un futuro próximo. No es cuestión de hacer despegar de la Tierra este enorme aparato, sino que se encara la conveniencia de enviar las piezas desarmadas a la órbita que deben recorrer y juntarlas inmediatamente. Los cálculos de Wernher prevén cohetes del tamaño, más o menos, de un inmueble de veinte pisos, con un peso de cerca de siete mil toneladas, es decir el tonelaje de un crucero ligero. Nada más fácil, dicen los narradores anticipados, que armar este prodigio, pues el peso no desempeñará ningún rol, en cambio la mínima cantidad de energía producirá efectos milagrosos.

La isla estará hecha de nylon impregnado de materia plástica. Dos reactores funcionarán algunos minutos para imprimirle un movimiento de rotación, y crear en el interior una gravedad artificial.

La construcción de esta isla costará alrededor de cuatro mil millones de dólares, o sea, más o menos, la décima parte del presupuesto militar anual de los Estados Unidos. La posibilidad de su próxima construcción es muy grande, pues despertaría un formidable interés militar. En efecto, será posible almacenar en el espacio, en la proximidad de ese satélite artificial, bombas atómicas que la simple presión de un botón precipitaría sobre la tierra y la radio guiarían hasta el objetivo con una precisión fantástica.

También los rusos siguen trabajos similares a los de Wernher, y la reciente afirmación del magazine soviético Ogonek, de que la bandera roja será izada en la Luna antes de cincuenta años, parece confirmar que la competencia internacional ha empezado.

Los buzos del espacio amenazados por una muerte terrible

La isla satélite de la Tierra será una realidad hacia 1970. Entonces se necesitarán sólo diez años para organizar la primera expedición a la Luna.

Las "naves del espacio" con ese destino, carecerán de líneas aerodinámicas, pues sólo tendrán que atravesar atmósfera. Se presentarán como un conglomerado antiestético de tanques cilíndricos o esféricos, unidos con vigas de acero. Algunas de estas naves llevarán combustible solamente para la ida. El espacio disponible se ocupará en los materiales destinados a ser descargados en la Luna. El montaje de estas naves será trabajo de los habitantes de la isla, quienes emplearán los elementos de construcción que du-

rante años habrán sido almacenados en su proximidad.

Al dejar la isla satélite, los motores cohetes de las naves lunares funcionarán con toda su potencia durante una media hora, luego se detendrán. Entonces las naves irán hacia la Luna por su propio impulso. El viaje durará cinco días. El lugar de "lunisaje", habrá sido determinado por el examen de documentos fotográficos tomados previamente.

El mundo entero, gracias a la televisión seguirá las incidencias de la partida.

La permanencia de los sabios en la Luna durará algunos días, una semana a lo más. El primer trabajo será el de construir la "city lunar", que servirá de abrigo a las expediciones siguientes.

Esta ciudad tendrá el aspecto de una enorme tapa de materia plástica, abastecida artificialmente de oxígeno, y protegida con revestimientos especiales contra las formidables variaciones de la temperatura. Como la Luna está completamente desprovista de atmósfera, la menor rotura en la escafandra significaría la muerte en quince segundos; una muerte inimaginable pues la sangre empezaría a hervir y las venas y arterias explotarían casi inmediatamente.

El regreso de los astronautas hacia la tierra será infinitamente más cómodo, siempre en razón de la débil gravitación lunar. Las "naves lunares" regresarían con su tripulación hasta la isla satélite, donde cohetes aerodinámicos, en viaje a la Tierra se harían cargo de quienes vuelvan del otro mundo.

Milton Rosen: "No creo en los viajes interplanetarios"

Milton Rosen, que también posee los títulos científicos del especialista alemán, es tan categórico en su pesimismo como von Braun en su optimismo: "Los viajes interplanetarios, dice, actualmente están afuera de los medios de la ciencia".

El cohete de siete mil toneladas de von Braun, puede ser construido, pero no levantará vuelo, y si empieza a volar, a los técnicos que procedan a su lanzamiento no les quedará sino encomendar su alma.

Ya en 1953, los técnicos tienen mucha dificultad para controlar un solo cohete. Los artefactos de von Braun, con sus cincuenta motores, serían absolutamente incontrolables. En cuanto a la tripulación, todo permite pensar que sería expuesta a los más grandes peligros. No se sabe cómo los cuerpos y los nervios reaccionarían con la ausencia total de la gravedad. Los astronautas flotarían en los camarotes, y el más ligero movimiento los proyectaría contra las paredes. Por otra parte, ¿cómo harían llegar los alimentos al estómago si estos no podrían bajar por su propio peso? En tales condiciones el espíritu humano se trastornaría; la tripulación se despedazaría entre súbitos accesos de demencia.

Ida y vuelta Tierra-Marte: tres años

Otro peligro: los rayos cósmicos. Como casi nada se sabe de ellos nada se puede decir de sus efectos. Los meteoros son aún más peligrosos. Estas partículas misteriosas viajan a través del espacio a velocidades de decenas de kilómetros por segundo. El cho-

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



ASI hasta la segunda década del presente siglo y antes de que la Electric Light and Traction Company se hiciera cargo de todo lo relaciona-

do con la fuerza eléctrica de San José, los servicios de luz se cobraban directamente a los abonados en sus casas de habitación.

Uno de los encargados de ese cobro era el recordado amigo don Emilio Sáenz Esquivel, quien pese a su complacencia y festiva tolerancia, tenía que reportar los atrasos que en el pago de los recibos ocurrieran.

Cierta vez, don Emilio, se presentó a cobrar la cuenta de la luz de la Gran Logia Masónica de Costa Rica.

El Conserje le advirtió que debía volver porque en ese momento no estaba presente el Gran Se-

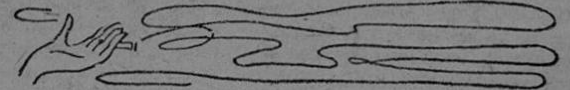
cretario para la extensión del cheque respectivo. Días después, volvió don Emilio a cobrar, y el Conserje le dijo que ya el cheque estaba listo, pero que faltaba la firma del Gran Tesorero y que por lo tanto debía volver otro día.

Pasado otro tiempo, don Emilio se presentó de nuevo, y fue entonces cuando Mr. George F. Bowden que en esa época dirigía la Gran Logia en su condición de Gran Maestro, le entregó a don Emilio Sáenz el cheque con las excusas del caso, diciéndole:

...—"Va Ud. a perdonar el atraso, Don Emilio, pero todo ha sido cuestión de trámite..."

A lo que Sáenz contestó mientras señalaba hacia atrás:

—"Pues me alegro, Mr. Bowden, porque como Ud. ve, ya venía por allí LA GRAN ESCALERA CON EL GRAN ALICATE, PARA RESOLVER EL CASO!..."



que con meteoros del tamaño de la cabeza de un alfiler y vagando a 50 kilómetros-segundo, sería tan peligroso como un obús de mediano calibre.

El envío previo de un cohete satélite poblado de simios es, por lo menos, indispensable para medir exactamente los peligros. Este plan está previsto por von Braun.

Sin embargo, estas objeciones no condenan los proyectos interplanetarios.

El campo queda abierto a la imaginación. Desde la Luna o la isla satélite, el viaje a Marte será la tercera etapa de la conquista del sistema solar. Según otro proyecto de von Braun, una decena de naves del espacio serán lanzadas desde la isla con desti-

no a Marte. Unidas entre sí, formarán alrededor del rojo planeta un nuevo satélite, desde el cual serán lanzados dos o tres cohetes directos hacia Marte, tripulados por una cincuentena de hombres.

El viaje total ida y vuelta Tierra-Marte, incluido una estada de 400 días en este planeta, durará más o menos tres años. El gasto de carburante se considera en millones de toneladas.

La aplicación práctica de la energía atómica podría modificar completamente el aspecto actual del problema.

La astronáutica será la gran aventura del fin de nuestro siglo. Tal vez marcará la más grande revolución en la historia humana: el contacto con dos mundos habitados.

JOSE DE RIBERA, hito capital en la evolución de la pintura española

por Fernando Baeza

LRA exiguo de esta tura y le llamaron en Italia "il 'Spagnoletto'. El españolito José de Ribera había nacido en Játiva, noble villa del reino de Valencia, patria también de los Borgia. Si éstos se hicieron famosos en Roma por la libertad de sus costumbres, el boato de su atuendo y la munificencia de su bolsa, Ribera ganó el favor de Nápoles y sus virreyes con el exclusivo talento de su pintura. Sin embargo, no le fué fácil conseguirlo. Sus biógrafos nos hablan de años de lacerias, cuando apenas desembarcado de España trataba de darse a conocer y de ganarse el sustento, alternando el estudio con el trabajo, pues tenía mucho que aprender en las galerías romanas. Escuchemos lo que cuenta Palomino, sin prestar excesivo crédito a sus palabras (conocida es su propensión a novelarlo todo):

"Pasó Ribera a Italia, donde estudió en las eminentes obras de los antiguos, así de estatuas como de pinturas, y especialmente en la Academia Romana se señaló tanto, que viéndole tan muchacho le llamaban *il Spagnoletto*, de donde le quedó este renombre; y pasaba con tanta miseria, que a fuerza de su industria y las migajas de los dibujantes de la Academia, se mantenía sin más arrimo ni protección. Y estando un día dibujando por una de aquellas pinturas que adornan las calles de Roma, le envió y miró con atención un señor cardenal, que casualmente pasaba en su carroza, y, considerando con piadosa y noble reflexión aquella puerilidad tan atenta a la especulación de sus dibujos y tan olvidada de la fortuna, que aun apenas tenía con que cubrir sus carnes, le llamó y mandó ir a su casa, donde le vistió y favoreció tanto que los regalos hicieron en él lo que no pudo la necesidad, pues se iba viciando y apartando del fin que le sacó de su casa y patria. Pero como en él era propensión lo que en otros sería violencia, volvió en sí, y abandonando la casa y conveniencias que lograba, se fué sin despedirse y se restituyó a su primer modo de vivir y de estudiar; y encontrándole tal vez el cardenal, afeóle la acción y el mal término motejándole de ingrato y desconocido *Spagnoletto*. Pero, satisfecho de la pureza de su intención, le alabó virtuoso y le admiró peregrino, pues prefería los intereses de su estudio a las comodidades de su casa, y ofrecióle de nuevo su protección, que siempre agradeció con palabras y nunca admitió con obras".

Sea o no cierta la anécdota —sin non e vero...—, se sabe que Ribera marchó a Parma y de allí regresó a Roma para pasar a Nápoles. Aquí le encontramos el año 1615 y al siguiente contrajo matrimonio, con Catalina Cortese, de holgada condición y "muy bella de figura", que había de servirle de modelo para la "Asunción de la Magdalena", hoy en la Academia de San Fernando, de Madrid. Por la misma época que encuentra mujer, Ribera halla protección y admiración en el "grande Osuna", don Pedro Téllez de Girón, a cuyo arrimo medraba Quevedo, secundando sus intrigas, y quien, de haber triunfado el Duque en sus propósitos —dejar de ser Virrey para ser Rey a secas— hubiese gozado de

muy otra fortuna.

Cayó Osuna, para mal de Quevedo y de Ribera, y a éste vino a sucederle el duque de Alba, poco entendido en pintura. Afortunadamente no duró mucho tiempo en el cargo, y otros grandes —el duque de Alcalá, el conde Montecorral, el duque de Medina de las Torres— vinieron a reconocer los méritos del pintor y a utilizar sus servicios. Así, podía decir Ribera a su amigo Jusepe Martínez, que en 1629 le visitara en Nápoles: "Yo me hallo en esta ciudad y reino muy admitido y estimado, y pagadas mis obras a toda satisfacción mía, y así seguiré el adagio tan común como verdadero: "Quien está bien, no se mueva". El mismo Felipe IV adquirió lienzos suyos y más de un centenar de éstos vienen a ornar los palacios de Madrid y de El Escorial. A esos honores reales vinieron a agregarse los académicos y papales: la Academia de San Lucas le hace miembro de la ilustre institución en 1630, y el papa Urbano VIII le concede en 1644 el título de "Caballero de la Orden de Cristo". Ribera está en su apogeo. Cuando Velázquez visita por segunda vez Italia, aquél le acompaña "a ver todas las cosas dignas de aquella ciudad", y Pacheco, suegro del primero, escribe: "T odas las grandes pinturas de Jusepe Ribera que tiene el duque de Alcalá, parecen vivas, y lo demás pintado... y mi yerno (Velázquez), que sigue este camino también, se ve la diferencia que hace a los demás, por tener siempre delante el natural".

Ceán Bermúdez nos suministra algunos detalles curiosos que revelan la celebridad de Ribera por aquel entonces: "No pintaba más que seis horas al día, por la mañana, y ocupaba las restantes en el paseo y en la tertulia que tenía en su cuarto, concurrida de los primeros personajes de la Corte".

Situación tan excelente no podía menos de tener envidiosos, sobre todo algunos discípulos del maestro más duchos en desenvainar la daga y la calumnia que en manejar los pinceles. Reprochaban a Ribera no haber participado en la sublevación de Masaniello, tan duramente reprimida, y no repararon en acusarle de toda clase de villanías y desafueros, llegando a correr la especie de que el pintor había participado en un asesinato. Así, se levantó en torno a Ribera toda una trama de ignominias y falsedades. Pero aun cuando resulte hoy ardua tarea —por no decir impropia— restablecer toda la verdad sobre el artista, hemos de considerar como injuriosas las descripciones de los italianos que nos lo pintan como un dechado de vanidad, petulancia y ostentación. Y ahí está Jusepe Martínez para salir al paso de esas versiones. Como preguntara en cierta ocasión a Ribera si desearía volver a Roma para contemplar las obras de los pintores que antaño había estudiado, tuvo por respuesta: "No sólo tengo deseo de verlas, sino de volver de nuevo a estudiarlas, que son obras tales que quieren ser estudiadas y meditadas muchas veces, que aunque ahora se pinta por diferente rumbo y práctica, si no se funda en esta base de estudios parará en ruina fácilmente, y en particular en sus historiados, que son el norte de la perfección, la que nos enseñan las historias del inmortal Rafael pintadas en el Sacro Palacio; el que estudiare estas obras se hará historiador verdadero y consumado". Actitud tan discre-

ta cuan avisada no se aviene con el natural jactancioso que se atribuía al *Spagnoletto* y que más de un comentarista suyo ha tomado en consideración.

La sublevación de Masaniello fué en más de un sentido perjudicial para Ribera, pues si los unos no le perdonaron haberse pronunciado en contra de la misma, con los otros, los suyos, vino de España a debelar el movimiento un joven de diez y nueve años, bisoño en las artes de la guerra, pero experto en las lides amorosas, don Juan de Austria, hijo de Felipe IV y la Calderona (comedianta de la Villa y Corte), llamado el "Chico" para diferenciarlo debidamente del homónimo de Lepanto. Ese don Juan, apenas llegado a Nápoles, ciudad reputada por la alegría y desenfado de sus naturales, entregóse a devaneos y "divertimientos". Veamos cómo Inocencio Fuidoro describe en su "Diario de los sucesos ocurridos en la revolución popular de Nápoles" parte de las circunstancias que convirtieron al pintor en suegro involuntario del infante:

Es curioso observar que, tras el estrépito de Marte, aun domina el dios del amor. Teniendo José de Ribera, famoso pintor, una bellísima hija, la cual retrató su padre en la figura de la Purísima recién pintada para el Regio Palacio, el pintor, temeroso de los atropellos que pudieran cometer los revolucionarios, habitaba una estancia del jardín del Palacio Real. Era la muchacha admirada por todos cuantos la veían, y todo el que pasaba quedaba largo rato contemplando su belleza, la cual era tan extraordinaria que cautivó en seguida el ánimo de su Alteza, que estimaba y favorecía mucho aquella casa. Ocurrió que la noche precedente al día 25 de marzo de 1648, estando don Antonio Enriquez, español, ha blando con una esclava de la dama en un portal y guardando la puerta su compañero Diego de Almodo, llegó don Antonio Carrillo, caballero de Cámara de su Alteza, y confundiendo a éste con Enriquez, lo amordazó y recluyó. Al enterarse Enriquez de lo ocurrido, mandó a Carrillo carta de desafío, que no fué aceptada. Su Alteza les arrestó, pero, no obstante, el desafío se llevó a cabo, resultando herido Enriquez, y al poco tiempo enviado Carrillo a España".

El fruto de los amores entre don Juan y doña Inés —que así se llamaba la hija de Ribera— entró en el Convento de las Descalzas Reales de Madrid a los seis años de edad, profesando en 1566 con el nombre de Sor Margarita de la Cruz y Austria. Su abuelo nunca se recuperó del golpe asestado a su honra y cayó en una absoluta desgana. Abandonó su casa, ricamente alhajada, y se fué a vivir al barrio de Posilipo, habitado a la sazón, como en la actualidad, por gentes de condición humilde. Allí arrastró los cuatro últimos años de su existencia. La mano y la vista apenas si le obedecían, y conoció la amargura de verse viejo, pobre y abandonado, teniendo que pedir socorro a las casas de caridad. El día 2 de septiembre de 1652 rindió su alma al Todopoderoso, y fué sepultado en Margogliano, según reza la partida de defunción de Santa María de las Nieves.

El arte de Ribera no es hoy apreciado como lo fuera en tiem-

pos —siguiendo en esto la suerte reservada a Murillo—, pero resulta difícil para el crítico de arte objetivo, que no se atenga exclusivamente a los dictámenes de la moda y a sus gustos peculiares, hacer caso omiso de la maestría denotada por el pintor sevillense en aquellos cuadros mejor realizados de su arte. ¿Quién antes de ahora ha pintado tantos Martirios de San Bartolomé, de Madrid y Barcelona; el San Pablo Ermitaño y el San Andrés del Prado; el Pastor, de la Galería Nacional de Londres; el Martirio de San Sebastián, del Museo de Arte de Bilbao; el Diógenes, de la Gemaldegalerie, de Dresde, y el Sueño de Jacob, también de la Pinacoteca madrileña, puede desconocer la perfección de dibujo, la sobriedad de composición y la jugosidad de color con que están pintadas?

Razón tiene Lafuente Ferrari al afirmarnos que Ribera es un artista excepcional y, quizás el más grande dibujante de toda la escuela española. Y agrega el mismo autor: "Lo que interesa verdaderamente de Ribera no es su tenebrismo, sino la evolución personal de su arte que, partiendo de esta pintura efectista que el triunfo de Caravaggio y la vocación de la época imponía en Italia, supo seguir un camino ascendente. La pintura de Ribera parte, pues, de estos comienzos tenebrosos para ir cada vez más eliminando lo que este procedimiento tenía de artificial, para ir en busca de tonos plateados y llegar en la culminación de su carrera a cuadros envueltos en luz dorada, como sólo se ve en los lienzos del gran momento de la escuela veneciana".

En efecto, Ribera, que señala un hito capital en la evolución de la pintura española, viniendo cronológicamente después de Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz, el Greco y Ribalta, afirma una personalidad artística de singular independencia, ya que sólo cabe emparentarlo al último citado y por éste al italiano Caravaggio —pintores ambos mucho más fáciles e inseguros—, cosa en la que ha solido abusarse al querer determinar sus influencias estéticas.

Ribera sentó, en verdad, los cánones del realismo pictórico, y mucho más le deben Murillo, Velázquez y hasta Zurbarán, que él a su vez podía deber a Ribalta y Caravaggio. La temática de su obra presenta una suma variedad. De los trescientos cuadros de su mano que se conservan aproximadamente en los museos y colecciones privadas de Europa y América, la mayor parte tienen por asunto composiciones religiosas, con predilección santos y mártires (San Bartolomé, San Sebastián, San Andrés, San Lorenzo, etc), pero también le sedujeron los motivos mitológicos, como dan fe sus monumentales Ticio e Ixión, que impresionan fuertemente por su aliento prometéico; y pintó vírgenes y santas, bastante menos afortunadas, que bien pueden emparentarse con las azucaradas de Murillo. Tampoco hemos de olvidar aquellas otras composiciones menores, en que Ribera desciende a lo teratológico —enanos y mujeres barbudas—, anticipándose así a los bufones velazqueños. Y sabido es que el gran don Diego justipreciaba a Ribera, cosa que resultaría difícil de negar viendo cómo supo incorporar a su plástica la lección del injustamente postergado maestro de Valencia.

La escuela no es sólo el salón de clases

Por Max H. Miñano García

LA escuela es el lugar destinado específicamente por la sociedad para la preparación de las generaciones jóvenes, de acuerdo con los ideales que presiden la vida social y los valores que dan sentido y dimensión a los diversos aspectos del hacer, del pensar y del sentir. En otros términos es el escenario en que se conjugan todos los esfuerzos del adulto para que el niño vaya entrando en posesión de los bienes culturales de su comunidad y se vincule con los problemas y las aspiraciones de su medio y de su tiempo.

De acuerdo con este concepto, es fácil comprender que la escuela ha seguido la trayectoria evolutiva de la cultura de los pueblos. En los casos en que ha tratado de romper el círculo de la realidad y fincarse en territorio de la utopía, ha tenido como respuesta a su desorbitado entusiasmo, el más doloroso de los fracasos.

En los primeros tiempos en que existió la escuela con su función ya definida y que tuvo por programa la enseñanza rudimentaria de la lectura, la escritura y el cálculo — el programa de las tres erres de los ingleses — tuvo un teatro de actividades exiguo también, ya que para alcanzar finalidades tan definidas, tan reducidas bastaba un cuarto cualquiera con escasos y malos e incómodos muebles escolares. La escuela se mantuvo así largos siglos, hasta que el desarrollo de la ciencia, el progreso de la industria y la iniciación del estudio sistemático de los problemas educativos, hicieron necesario el mejoramiento y ampliación de sus locales, hasta convertirlos en hermosos y cómodos edificios con amplias salas de clase, grandes patios de juego y hasta con museos, gabinetes y parques infantiles. Todo eso fué arreglado en forma tal, que satisficiera las necesidades de la cultura de aquel entonces, profundamente preocupada por el desarrollo individual del educando. La idea del desarrollo armónico del niño fué la que presidió esa etapa pedagógica, coincidente en el tiempo con el liberalismo individualista del siglo XVIII.

Los tiempos pasaron, las ciencias florecieron y fructificaron prodigamente; la teoría de la educación se precisó de acuerdo con las aportaciones de las ciencias biológicas y con las aspiraciones renovadoras de la sociedad. La escuela ya no pudo realizar su función dentro de su viejo recinto, que la aislaba y la reducía y tuvo que ampliar sus dependencias, hasta llegar a los campos, de experimentación agrícola, teatros diversos, campos de recreación y deps, y también para el cuidado de animales. Más aún, la escuela se incorporó a la comunidad y en muchos aspectos fue ésta — la comunidad entera — la que sirvió de escenario a sus experiencias, a sus observaciones y a sus prácticas. Lo que se enseñó en el aula se comprobó fuera y lo que fuera se hacía daba material al trabajo de la escuela.

La obra del maestro se hizo entonces más intensa y la participación del alumno más activa, al grado tal, que ambas se unifican en las tareas que emprenden — independientemente del método que siguen — y sus propósitos se unen en uno solo, como en una sola se suman sus voluntades, cuando se convierten en fuerzas de actuación.

Estos conceptos tienen una validez absoluta para la escuela rural, ya que la idea generatriz de esta institución es precisamente, mejorar la situación general de la comunidad campesina, levantar el plano de vida de las gentes, no sólo en su cultura, sino en su mejoramiento económico tecnificando la agricultura y la ganadería, en su salubridad, en la elevación de su vida doméstica y dignificación de su hogar, en su trabajo y en sus relaciones sociales. Por eso es que la escuela del campo no cabe en sus aulas y tiene la necesidad imperiosa de llevar su actividad hacia el exterior, ya como agencia de información, ya como medio de comprobación o ya, en fin, como sujeto mismo de la educación. Estudia e investiga en la parcela escolar y en la huerta casera, enseña y ejercita en el campo de juegos y en el parque infantil, insinúa y deleita en el teatro y en una palabra enseña y aprende en contacto constante con la comunidad.

La escuela no es ya sólo el salón de clases; no puede, serlo ni por la dimensión de su programa ni por la magnitud de sus propósitos. No cabe en la sala ni por sus métodos ni por su situación de íntimo contacto con la vida. El aula es su núcleo, pero no el cuerpo entero.

Pretender circunscribir la acción escolar sólo al salón de clases, es desvirtuar completamente el ideal de la educación rural; pues cuando tal ha sucedido el trabajo del maestro se encauza al fracaso fatalmente por estas rutas; o se reduce el programa a su proporción tradicional de enseñar los rudimentos del cálculo y del lenguaje o se pretende seguir el mismo programa de actividades que se tiene ahora, lo que origina que el maestro y el alumnado queden en la superficie misma de los problemas, hablando de ellos más que ocupándose de resolverlos y comentando la teoría más que realizando alguna labor. En fin, que si la escuela se encierra dentro de sus 4 muros se convierte en un centro de verbalismo en donde de todo se habla y nada se realiza y de donde con seguridad habrán de salir los críticos o los proyectistas, los teóricos o los murmuradores, pero no los hombres de acción y de empresa, de decisión y de energía que demanda la vida.

La escuela rural está en situación envidiable en cuanto al hecho de que frente a ella se abre el libro maravilloso de la Naturaleza, del que hablaba Rousseau y por que vive en comunidades que están apenas estructurando formas de convivencia humana. No se asfixia en la estrechez de un aula ni languidece en un aislamiento social. Puede y debe dar a su labor un sentido funcional, una actividad pragmática con sentido de realidad, para que pueda responder a los objetivos que se le han señalado. La vida dentro de la escuela campesina debe ser activa y variada, como variada y activa es la vida en su alrededor.

La escuela rural debe desarrollar sus trabajos aprovechando sus recursos y de acuerdo con la finalidad que se le marcó desde su creación, ser una escuela de satisfacción de necesidades; no de preparación para la vida, sino de vida, en que se entienda ésta al través de todos sus aspectos y se aproveche en todas sus manifestaciones. La escuela rural encerrada en su salón de clases es algo que no tiene sentido, si no es el sentido de la aberración y de lo absurdo.

Bibliotecas en la Selva

Por José de Benito

EN TRE las innumerables reuniones internacionales de los últimos tiempos, el Seminario que se celebró en Ibadán, el año pasado, puede parecer, acaso, desprovisto de importancia. Nigeria no se encuentra en el centro del mundo, ni mucho menos, y la prensa no acostumbra a hablar sino muy raramente de los bibliotecarios. Y, cabalmente, ese Seminario congregó a bibliotecarios negros y blancos, procedentes de diez y nueve países o territorios, e invitados por la Unesco para estudiar el desarrollo de las bibliotecas públicas en Africa. En realidad, la reunión tuvo gran trascendencia: sus trabajos fueron más serios y fecundos que los de muchos congresos bulliciosos, y los problemas allí tratados cuentan — para varios millones de hombres — entre los más angustiosos de la época.

Las preocupaciones de un Seminario consagrado a las bibliotecas públicas tienen, casi siempre algo de patético. Esto sucede aún al tratarse de los países más avanzados, en donde todavía quedan tantas aldeas sin libros y tantas bibliotecas desiertas o inútiles. En todas partes el problema consiste en suministrar libros a quienes los necesitan, y en hacer que el público tenga conciencia en esa necesidad; e, igualmente, en todas partes se debe organizar servicios — o crearlos por completo —, conseguir y formar personal adecuado, solicitar los créditos que se requieran, en todos los lugares hay que inventar y construir. Aunque, por lo menos en esos países más desarrollados, los libros existen en gran número y la lectura es un antiguo hábito.

¿Pero, qué sucede en Africa, en los países que hasta nuestros días han vivido sin escritura? El bibliotecario, en las tierras africanas, se convierte en zapador, misionero, talador de la selva. Debe descubrir ante todo el lugar donde se hallan los posibles lectores y adivinar sus necesidades. Su misión consiste con frecuencia en formar a esos lectores gradualmente. No sólo está obligado a encontrar los libros apropiados para las diferentes categorías del público, sino que, en algunos casos, tiene aún que comenzar por escribir los libros de esa índole.

En cualquier región de Africa, hay que contar, en efecto, con tres grandes categorías de asistentes ocasionales de una biblioteca pública: la primera está compuesta de personas que han recibido enseñanzas secundarias; la segunda — mucho más numerosa — está formada por todos los que han ido a la escuela, pero que no han continuado sus estudios y conocen imperfectamente el francés o el inglés, el español o el portugués y, en ciertos casos, el árabe; y la tercera es la de aquéllos que hablan únicamente la lengua materna.

El problema es relativamente fácil para la primera categoría de lectores: basta con poner a su disposición bibliotecas, lo más completas que sea posible. No obstante, el lector africano — aun después de terminado el colegio — no se halla animado por el mismo interés ni posee los mismos hábitos que el lector europeo, en condiciones análogas de instrucción: no piensa en leer para distraerse y no concibe que se pue-

da leer 'por placer'. El señor Gbolé Nwikina, bibliotecario de Nigeria, explicó en el Seminario de Ibadán que "el africano lee siempre con un fin determinado: para desarrollar sus conocimientos y perfeccionarse".

Este hecho se puede comprobar aún más en las personas que tienen conocimientos imperfectos de la lengua europea que se les ha enseñado y realizan la lectura como un ejercicio penoso. Para esa clase de lectores, el bibliotecario debe encontrar obras que no sean solamente útiles sino también fáciles o que presenten cierta dificultad en una forma sabiamente graduada. En un medio social que deja poco tiempo para el ocio, el hombre que se esfuerza por leer no desea perder su tiempo.

¿Qué libros deben proporcionarse a las personas que pueden leer únicamente en la lengua materna? El bibliotecario no dispone para estos lectores sino de diarios, colecciones de cuentos y folletos de educación fundamental, además de los manuales escolares. En muchos países, naturalmente, no hay esperanza de aumentar esta serie tan parva de publicaciones, porque cada cantón — y muchas veces cada aldea — posee su lengua o dialecto local. Felizmente, determinadas lenguas, tienen gran difusión y parecen convertirse poco a poco en verdaderas lenguas de civilización, como el Haoussa, en Nigeria o el Swahili en el Africa Oriental. En ese caso, resulta útil traducir a esas lenguas y, más aún, escribir en ellas obras originales.

Muchas veces son los bibliotecarios los que se ocupan de realizar ese trabajo. En Kenia, por ejemplo, las "Oficinas de Publicaciones" — que se encargan de organizar las salas de lectura y los servicios de ómnibus-biblioteca — constituyen verdaderos talleres de producción literaria. A pesar de que publicar, sobre todo, manuales y folletos educativos, desempeñan también la función de "escuelas de escritores". Su influencia ha quedado magníficamente demostrada por el éxito que obtuvo la novela "Ogboju Ode Ninu Igbu Irunmale" del escritor D. O. Fagunwa.

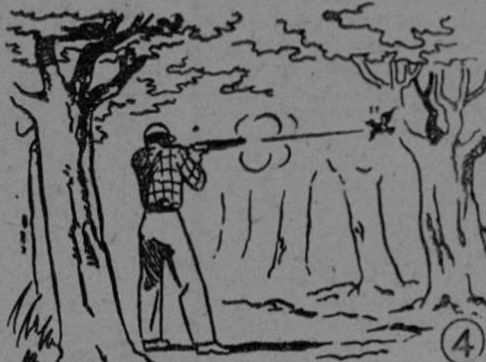
Es evidente que el porvenir de las bibliotecas públicas en Africa está vinculado al progreso de la enseñanza, pero dependen también de los escritores africanos. El público necesita de libros que expresen su propia cultura y sus propias aspiraciones, para elevarse sobre el nivel de la lectura puramente utilitaria. Esos libros no quedarán solamente como curiosidades locales. Al dejar de ser netamente oral, la literatura africana pasará al fin a formar parte del patrimonio universal de la cultura, como ya lo indican las obras en francés de varios poetas, o la singular novela "El Ebrío en la Selva", escrita en inglés por Amós Tutuola. Mas, "tan sólo los verdaderos escritores autóctonos llegarán a impresionar la sensibilidad de sus lectores", como lo ha manifestado L. J. Lewis, profesor de la Universidad de la Costa de Oro, a cuya afirmación se ha adherido en cierta manera la señorita Yvonne Oddon, directora del Seminario de Ibadán, con su profunda frase: "La biblioteca africana podrá vivir únicamente si echa raíz en el fondo del vivir africano y se desarrolla en el sentido determinado por una cultura en plena evolución".

EL TICO Y SU TIERRA

Por William Vogt

EL CAMPESINO Y LOS CUATRO ENEMIGOS DEL BOSQUE

En muchas partes de Costa Rica la tala de bosques se efectúa por los campesinos, por lo que deberían saber que no les conviene hacerla. A menudo lo saben, pero se dicen a sí mismos: "he aquí una oportunidad de ganar algunos colones; yo necesito los colones; por eso corto los árboles". Y nadie los critica por eso, y grandes áreas han sido devastadas mediante ese sistema de tala.



En lo que el campesino no se detiene a reflexionar es en lo siguiente: ¿qué va a hacer esta tala con mi abastecimiento de agua? ¿qué es mejor: pasársela sin los pocos pesos que rendirían los árboles o hallarse conque los manantiales que proporcionan agua al pueblo se han secado? ¿qué va a ser del suelo con esta tala? Hay muchos lugares donde la tala de árboles va a hacer imposible la vida dentro de diez años, a causa de la erosión del suelo. Cuando el suelo se haya ido, ¿adónde irá el campesino?

El campesino entiende la tierra; sabe cómo crecen las cosas; sabe que es imposible vivir sin tierra y sin agua. Debería ser el más esforzado defensor de la tierra. El campesino, más que nadie, depende de la tierra.

Además de la tala hay otros tres terribles enemigos del bosque.

El más voraz son las quemadas. Si cada año todos los niños de Costa Rica muriesen quemados, cuánto tiempo duraría la nación costarricense?

Sin embargo, en grandes extensiones de terreno, todos los arbolitos mueren quemados cada año.

No es pues extraño ni digno de maravillarse que Costa Rica esté perdiendo sus bosques, los bosques sin los cuales no puede sobrevivir.

Desgraciadamente muchos de esos

incendios son ocasionados por campesinos. A veces los causan sin intención, quizá quemando carbón sin vigilar las carboneras. Cuando los campesinos empiecen a padecer los resultados de esos malos tratos al bosque, ¿tendrá alguien a quién echarle la culpa si no es a ellos mismos?

Otro terrible enemigo para el bosque es el obligar a pastar los animales en número excesivo dentro de un espacio de bosque relativamente pequeño. No es que sea malo que pasten en el bosque, lo malo es que pasten en exceso. Es muy importante tener en cuenta esta diferencia. Cierta número de ganado puede pastar en los bosques sin causar graves daños, pero si hay demasiados animales, causan tanto perjuicio como el fuego.

Supongan ustedes que hubiera en Costa Rica grandes cantidades de osos o de tigres que se comieran a todos los niños. Si no hubiese niños que crecieran, ¿cuánto tiempo podría sobrevivir la nación costarricense? Con el ganado y los caballos que anualmente destruyen los arbolitos, ¿cuánto tiempo pueden sobrevivir los bosques de Costa Rica. ¿Aun no no hubiera incendios que maten las semillas, los caballos y las mu las los matarían.

Otro enemigo muy peligroso en los bosques es el cazador de pájaros. Hablé en el capítulo 21 de la utilidad de los pájaros para el campesino; son todavía más útiles en el bosque. Son la primera línea de defensa contra los insectos que atacan a los árboles.

Sería imposible utilizar en los bosques enteros algún medio artificial para controlar las plagas de insectos, semejantes a los que es posible utilizar en los campos de cultivo; y sería imposible hacerlo aun contando con el dinero suficiente para poder movilizar grandes cantidades de hombres que realizaran el trabajo. Sin embargo, estos bosques están llenos de insectos que atacan a los árboles, perjudican la madera, y al final los matan.

Prácticamente todos los pájaros silvestres que viven en los bosques comen insectos. Han visto

dres limpiando y despiojando el cabello de sus niños? Pueden com pararse los insectos del bosque a los piojos del cabello humano. Y los pájaros trabajan todo el día despiojando los bosques.

Si los bosques de Costa Rica gozaran de buena salud, la cual muchos de ellos no tienen a causa de los incendios y del pastoreo excesivo, habría dos o tres nid os de pájaros en cada manzana. La mayoría de esos pájaros no d rían otra cosa que comer sino insectos. Así pues, conservarían los árboles en buen estado de salud. Sus servicios serían de especial importancia en el caso de los árboles que han sido dañados por el fuego, ya que éstos son víctimas preferidas de los insectos.

Algunos abejones que se es-

ustedes en los campos a las maconden debajo de la corteza de los árboles se ven constantemente perseguidos por los pájaros carpinteros. Cada pareja de pájaros carpinteros en los bosques vale muchos colones para el pueblo de Costa Rica. En Alemania, antes de la guerra, donde la tala de árboles había hecho necesario plantar otros nuevos, no había por supuesto grandes árboles o árboles muertos en los que pudieran vivir los pájaros carpinteros; entonces los alemanes les construyeron casas y las distribuyeron entre las plantaciones de árboles. Cada casa costaba tal vez cinco o diez colones; pero era un dinero bien gastado. Aumentó el número de pájaros carpinteros, y se protegieron los bosques.

Se descubrió en California que en ciertas pendientes y sin la ayuda de los pájaros los bosques desaparecían. Eran tan pronunciadas las pendientes que las semillas de los árboles caían siempre mucho más abajo, entonces los árboles de la cima del bosque tendían a desaparecer. Se descubrió luego que hay una especie de gervo, muy parecida a algunos pájaros costarricenses que tienen quizá las mismas costumbres, que se alimentaban con las semillas de los árboles y, con el fin de tener provisión para todo el año, enterraban alguna cantidad de

Cultura en el Mundo

EL ITALIANISMO INTERNACIONAL

La Asociación Internacional para el Estudio de la lengua y Literatura Italianas, fundada con ocasión del Congreso de la Federación Internacional de Lenguas y Literaturas Modernas realizado en Florencia, celebrará en el Colegio Magdalen de Cambridge su primer congreso, del 16 al 23 de agosto próximo. El tema general de este congreso será, "Orientación y problema de los estudios de crítica y filología italianas después de la guerra". Los que deseen más información podrán dirigirse al Secretario del Congreso, "Profesor Uberto Limenani, Society for Italian Studies, 17 St. Barnabas Road Cambridge, England".

PRIMERA EXPOSICION HISTORICA DEL LIBRO Y LA ESTAMPA DE MEXICO

La "Sociedad de Amigos del Libro Mexicano" organiza una exposición histórica del libro y la estampa bajo el patrocinio de las autoridades, la Universidad y de varias instituciones mexicanas. La exposición presentará los diversos procedimientos y máquinas empleados para la producción de libros, desde la introducción de la imprenta en México hasta la época actual, pudiendo apreciar el público los progresos realizados, tanto en la técnica como en el arte de la impresión, a lo largo de varios siglos.

LA EDUCACION Y EL FOMENTO AGRICOLA EN HAITI

Como preliminar a los grandes proyectos de explotación agraria en el valle del Artibonita, el Gobierno de Haití ha empezado a poner en ejecución un plan llamado de "Bois Dehors", que comprende la explotación nacional de más de 800 hectáreas de tierras dedicadas al cultivo del arroz, las legumbres, el café para el ganado y el kénaf. Los organizadores tratarán de estimular el espíritu de colaboración de los agricultores por medio de la educación de adultos, la práctica de los deportes —que favorecen el espíritu de disciplina y de camaradería— las exhibiciones de películas educativas y toda clase de actividades de carácter recreativo y social que ya han puesto en práctica con resultados muy estimulantes.

ellas. Por supuesto que varios de los cuervos morían y no regresaban por sus semillas. Otros olvidaban donde las habían dejado, y así esas semillas a menudo quedaban enterradas en la cumbre de los bosques. A veces echaban raíces y se transformaban en árboles, evitando que los bosques descendieran abajo de las colinas.

Observen ustedes los pájaros de sus bosques y vean si no hacen lo mismo.

EL VESTIDO NUEVO

1er. PILLO:

Por Salvador Jiménez Canossa

PERSONAJES:

El Conde, el Chambelán, los dos Bribones, el Ministro, el Ayuda de Cámara, Lázaro, el Ciego, un Niño y el Pueblo.

NARRADOR:

Erase que era una vez, en la Tierra de la Leyenda, donde todo es posible, como en muchos pueblos de hoy, un gran Conde leno de hastio por la falta de trabajo...

— I —

(Conde y Chambelán)

CHAMBELAN:

¿Por qué esa cara tan avinagrada señor? ¿Qué le sucede, qué le ocurre, se siente mal, llamo al médico? Oh! mejor que lleguen las danzarinas y el bufón.

CONDE:

No, no. No tengo ropa, ni un sólo vestido que ponerme; mire el que traigo, feo, espantoso, viejo. Estoy desesperado, me muero, (se lleva las manos a la cabeza) me vuelvo loco si no sucede algo pronto.

CHAMBELAN:

Si es eso, os doy la gran noticia señor: dos extranjeros han llegado y dicen ser los mejores tejedores del universo. Es algo increíble, la tela que fabrican es invisible para los necios y tontos.

CONDE:

¡Qué maravilla! ¡Qué noticia más feliz. Busque, traiga a esos hombres y encárgueles enseguida un vestido para mí. ¡Vaya y pronto! (Hace ademán de echarlo fuera) —Sale el Chambelán.

— II —

(Los dos Pillos, Chambelán, Ayuda de Cámara)

CHAMBELAN:

—Díganme ustedes el material necesario para iniciar el trabajo.

1er. PILLO:

—Un telar a propósito.

2º PILLO:

—Hilo de plata, hilo de oro, seda de Catay de la más fina.

CHAMBELAN:

—¿Otra cosa más?

LOS DOS PILLOS:

—Cuando todo esté listo, tejaremos día y noche para que el Conde estrene. (Sale el Chambelán y quedan los dos Pillos solos).

1er. PILLO:

—¿Y traje de qué le haremos? ¿De zorro, lobo, mona? Porque aunque de seda lo vistán...

2º PILLO:

—Yo se lo haría... de chispa.

—Si, y chispas que nos quedamos.

— III —

TEJEDORES Y CHAMBELAN

1er. PILLO:

—Da gusto trabajar en el aire, sin hilo, sin tela y... con las alforjas repletas.

2º PILLO:

—Da risa nuestra fácil tarea, engañar tontos con este cuento de la tela invisible. (Suenan unos golpes en la puerta que se abre y entra el Chambelán).

CHAMBELAN:

—¿Tenéis adelantada vuestra labor? El Conde nuestro Señor, está impaciente. ¿Queréis mostrarme la tela?

1er. PILLO:

—¡Pero señor! Está a su vista, admire su acabado y colorido, vea su dibujo. (Le muestra un telar vacío).

2º PILLO:

—¿Es una tela formidable! Dígame, vuestra señoría, ¿ha visto algo semejante? (Hace ademán de mostrar algo).

CHAMBELAN:

—(Para su capote) Estoy loco, no miro nada. (Seré yo uno de ellos).

2º PILLO:

—¿Se admira, Vuestra Señoría de lo que somos capaces? ¡Ya verá el vestido cuando esté concluido.

CHAMBELAN:

—Dios mío, no debo, no puedo confesar mi torpeza. ¡Tengo que decirles lo que no veo!

—Sí, es una tela maravillosa. En verdad son ustedes grandes artistas. Diré al Conde que su vestido para época en los anales de la moda. Es un encanto! (sale).

1er. PILLO:

PILLOS SOLOS:

—Ja, ja, ja, ¡Qué cara de bobo puso el tonto! Se le cayó el zapote.

2º PILLO:

—Sch!, calla alguien viene. Continuemos la farsa.

AYUDA DE CAMARA:

—(Entrando en una forma precipitada)

—¿Han terminado el vestido? El Conde desea estrenarlo en el desfile de esta tarde. Quiero verlo, mostrádmelo.

1er. PILLO:

—Aquí está (señala el telar vacío), casi terminado. ¿Verdad que es estupendo?

AYUDA DE CAMARA:

—(Para sí) No puedo ver, ¡qué raro! No lo miro y sin embargo no soy tonto.

2º PILLO:

—¿Qué nos dice del trabajo? ¿Del tejido? ¿De la forma?

AYUDA DE CAMARA:

—Jamás he mirado nada comparable, son perfectos los colores y el diseño. Avisaré al Conde que su vestido estará listo para esta tarde (sale).

2º PILLO:

—Ja, ja, ja, qué tomada de pelo les estamos dando.

— IV —

(El Conde y otras personas)

CHAMBELAN:

—Aquí tenéis vuestro traje señor Conde. ¿No os parece magnífico?

OTRAS PERSONAS:

—El dibujo y el color son dignos de Vuestra Alteza.

CONDE:

—(Solo) Pero, ¿qué estará pasando? No veo nada, es terrible. ¿Será que me he vuelto loco? (En voz alta) Es maravilloso, doy aquí prueba de mi satisfacción (entrega una bolsa a los dos pillos que se alejan en seguida).

OTRAS PERSONAS:

—(En coro comentan el traje nuevo).

— V —

(Entra el Conde con su traje nuevo —desnudo—)

1er. PILLO:

—(regresando) ¡Gran Dios! Qué bien le queda, qué porte tan elegante!

MINISTRO:

—Qué colores, qué traje tan espléndido!

AYUDA DE CAMARA:

—(entrando) Vuestra Alteza, la carroza en la que seguirá el desfile espera (salen todos).

— VI —

(Durante el desfile)

VOCES DEL PUEBLO:

—¡Qué traje! ¡Soberbio! ¡Qué vestido! ¡Qué color magnífico! ¡Qué esplendor! El vestido del Conde es de maravilla.

CIEGO:

—Mis ojos, mis ojos! Dios. Maldito seas, Lázaro, mírala y dime como es su vestido.

LAZARO:

—Ja, ja, ja. Míralo, míralo.

CIEGO:

—Condenado, ¿acaso puedo verlo?

LAZARO:

—Pues abre los ojos y ríe conmigo, ¡ja, ja, ja!

EXPOSICION COPERNICO Y MUSEO CHOPIN

Con ocasión del "Año Copérnico", acaba de inaugurarse en el Museo Nacional de Poznam una exposición dedicada al gran astrónomo, donde se exhiben más de cien documentos y manuscritos. En toda Polonia se organizan además conferencias y cursos especiales sobre la vida y los trabajos del sabio. Otras informaciones procedentes de Polonia indican también que la casa que la familia de Chopin poseía en Varsovia está siendo restaurada y amueblada en el estilo de la época. En un museo íntimo y lleno de atmósfera, se encontrarán los objetos y cuadros que la madre del gran compositor tenía en particular estima.

SE FUNDA EN ESPAÑA UNA CINEMATECA NACIONAL

En Madrid se organiza actualmente una Cinemateca Nacional, que quedará encargada del archivo de películas y de su conservación. Dicha institución dedicará los recursos que acumule a fines puramente culturales, organizando sesiones privadas y exhibiciones especiales para las instituciones educativas.

CUARTO CONGRESO INTERNACIONAL DE CRITICOS DE ARTE

El Cuarto Congreso Internacional de Críticos de Arte se realizará en Dublín del 20 al 26 de julio próximo, bajo la presidencia de M. Paul Fieryns, crítico belga que es asimismo presidente de la Asociación Internacional de Críticos de Arte. Entre los numerosos puntos del programa figuran: tema y sujeto en las artes plásticas modernas; relaciones entre la ciencia y el arte; crítica de arte realizada por medio del cine, y relaciones de la obra de arte con la cultura artística de su época.

Entre los vicepresidentes de la mencionada Asociación Internacional que participarán también en el Congreso se cuentan Jorge Romero Brest, de la Argentina; Raymond Cogniat, de Francia; Lionello Venturi, de Italia; Pierre Courthion, de Suiza; Herbert Read, del Reino Unido, y Jaime John son Sweeney, de los Estados Unidos.

CIEGO:

—Ay! Hijo de mala mujer. Ayúdame, quiero verlo, quiero saber como viste el señor Conde.

LAZARO:

—¿Cómo viste? ¡Como me parió mi madre!

UN NIÑO:

—Pero si va sin vestido, no lleva traje...

VOZ DE PUEBLO:

—Es cierto, no hay ropa alguna, no hay vestido, el Conde va desnudo.

CARTAS FEMENINAS

TREINTA. — ETERNO CONFLICTO

Obra analizada: ANDROMOS. rapsodia escénica
de Fernando Centeno. — (1950).

Paciente señor Director:

En el año de gracia poética de 1950, la Editorial costarricense *El Cuervo* publicó, junto con la *Rapsodia de Aglae*, la rapsodia escénica que Fernando Centeno, con acierto sin igual, tituló *Andromos*.

Es en el templo de Afrodita. Allá, en la lejana Grecia. Distantes en el espacio. Lejana en el tiempo. Intervienen: una sacerdotisa de la divina protectora de los amores inefables; una sutil intérprete de los ensueños propios y de los ajenos; uno de los soberanos de la sabia Atenas; su hija, Yanira la bella; dos mendigos, ambos clarividentes, si bien uno de ellos ciego; tres fámulas; varias sacerdotisas de Afrodita y gentes del privilegiado pueblo ateniense. Con ello y por encima de todos ellos, el protagonista de la rapsodia: *Andromos*.

Abre el conflicto escénico — toda labor teatral desenvuelve un conflicto, — abre la rapsodia un diálogo entre *Crisea*, la sacerdotisa y *Maya*, la mujer iluminada que sabe descifrar lo indescifrable. *Apolo* le ha otorgado su inspiración olímpica.

Crisea ha tenido un ensueño que angustia su espíritu creyente. Predice dolorosas realidades para un futuro muy próximo. Para con firmar esos vaticinios funestos, desfallece, de pronto, la llama que cabrillea eternamente en el altar de *Afrodita*.

Llega *Andromos*. Con los golpes acompasados de su báculo errante, despierta los dormidos ecos en los rincones sagrados del templo. Viene de la montaña, la morada provisoria de los dioses desaparecidos. Trae noticias que a nada agradable se refieren. Hay miseria entre los hombres. Allá abajo, esperan que *Crisea*, la joven sacerdotisa, descienda hasta ellos, conjure con su presencia divina, el dolor que los angustia.

Llegan los mendigos. Tienen nombres que evocan lejanas aventuras. Uno es ciego: se llama *Quirón*. El otro es *Glauco*: suspira porque ya no existe, en el mundo, piedad para quien solicita la ayuda ajena. Se dan cuenta de que *Andromos*, el solitario de *Eleusis*, ha robado el tesoro de la diosa.

Andromos es pobre. Lleva la túnica raída. Es casto. Las doncellas aman su palabra de serenidad y de amor. El las ha enseñado a sentir ese anhelo profundo que no sabe hacer distinciones de ninguna especie. Para él todos son dignos de ser amados; los hombres y las fieras, lasavecillas del cielo, las flores de los campos, las rocas de los desiertos.

Sin embargo, quienes de él recibieron beneficios sin recompensa, ahora lo acusan. No saben si es cierto cuanto afirman. No importa. Lo que precisa es delatarlo. Nada duele al hombre como el saberse engañado. Todo se olvida, especialmente los favores recibidos. La caridad de *Andromos* la juzgan, ahora, falsa compasión. La estirpe suya, que antes creían divina, ya no evoca en ellos respeto alguno. Porque se hizo dueño del tesoro de *Artemisa*. Hasta el mendigo ciego, a sabiendas de que miente, asegura que lo vio apoderarse de las joyas sagradas.

Andromos, el huésped solitario de las montañas, robó porque sabía que el hambre de los pobres también es sagrada. Por eso, quiso, en todos los momentos, socorrer a los miserables; obtener, para ellos, el anhelado consuelo a sus congojas. Por eso, en su rostro se marcan las características inolvidables de la fecunda serenidad.

Andromos es sacrificado. Quien más, contra él, solicita la justicia humana es *Crisea*, la sacerdotisa. Sobre ella, en no lejano tiempo, cayó una tremenda maldición lanzada, como rayo vengador, por el mismo Dios de los Dioses. ¡Por voluntad de la misma *Crisea* habría de ser vertida la sangre de su propio padre!

Andromos resulta víctima de la cólera de su hija *Crisea*. La oscuridad eterna desciende sobre aquellos ojos acostumbrados a los reflejos de la piedad humana. Ahora, despertarán, en los demás, esa misma piedad que no supo, ni pudo alentar la hija ingrata.

Una ráfaga de trágica emoción conmueve el espíritu de quien lee esta rapsodia helénica. Las pasiones se agitan en ella, como en la conciencia de los hombres y, como en el fondo del alma humana, se enfrentan, luchan, caen vencidas las unas sin que las otras puedan ufanarse de victoria alguna.

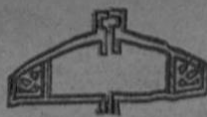
Como *Andromos* ciego cuyos pasos va guiando la generosa *Yanira*, la hija del rey, así conducidos por la generosidad de los unos y por el egoísmo de los otros, *Andromos* va hacia la luz. Los demás hacia el abismo.

Severa admonición la de esta sinfonía en cinco tiempos, escrita, en tono de belleza, por Fernando Centeno.

¡Aprenderán los hombres la lección que en ella se encierra? Difícil me parece! La gratitud es flor muy rara en el jardín de los sentimientos. Al hombre le causa vergüenza recordar los favores recibidos. Se considera disminuido en su inmensa vanidad si demuestra, por un instante siquiera, sentirse guiado hacia el bien por las manos de indecible suavidad de esa princesa humilde que se llama *Gratitud*.

En su obra literaria — que ya es amplia — Fernando Centeno Güell le ofrece al lector el estímulo que éste constantemente busca para alejarse de la realidad que lo angustia. En esa interesante labor, el poeta no olvida el deber que voluntariamente se ha impuesto: orientarnos hacia la reflexión serena y sensata al través de una teoría insuperable de bellezas sin par.

Ante esa obra conviene recordar aquel pensamiento profundo que uno de mis profesores — el que más cerca de mi corazón está — dejó escrito en la página inicial del álbum de recuerdos de una discípula suya, poetisa, ella también: ¡Si es cierto que la felicidad se encuentra precisamente allí en donde no estamos, benditos sean los



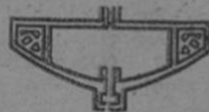
ASI
VISTEN
ELLAS

MARGARITA
CHAMBONET

El instante perfu-
ma sumergido en
el misterio... Y
florece la luz del
día como una ro-
sa nueva...

Margarita, flor ella
misma, renueva el
encanto confundido
de la belleza pre-
sente...

(Foto AREVALO)



EL HOMBRE DE HOY

“El hombre de hoy amenazado ya por su falta de libertad, su incapacidad de concentración y las lagunas de su formación moral e intelectual, corre, por otra parte, el riesgo de perder sus cualidades intrínsecamente humanas.

Desde hace dos generaciones, circulan entre nosotros algunos pensamientos inhumanos con la cruda realidad de la palabra y la autoridad de los principios lógicos. Se ha formado así una mentalidad colectiva que desvía al individuo de los sentimientos humanos. Tiende a desaparecer la amabilidad cordial, siendo reemplazada por una conducta que se inspira en una absoluta independencia, pero se reviste más o menos con un simulacro de educación. Mantener el desconocido a distancia y darle muestras de indiferencia no es ya considerado como la demostración de una falta de sensibilidad sino como la actitud por excelencia del hombre de mundo. Nuestra sociedad ha cesado también de reconocer el valor y la digni-

dad del hombre en tanto que hombre. Colectividades enteras se han convertido para nosotros en simples materiales, en cosas humanas. Si desde hace décadas ha podido venir hablándose con progresiva preocupación de guerra y de conquistas, como si se tratara de movimientos de peones sobre un tablero de ajedrez, ello no ha sido posible sino gracias a la formación de una mentalidad colectiva que no tenía en cuenta la suerte de los individuos y se los representaba meramente como cifras u objetos. Cuando sobrevino la guerra, todos nuestros instintos inhumanos tuvieron libre curso. ¡Y cuántas palabras duras y crueles, las unas veladas, las otras cínicas, relativas a los pueblos de color, se han pronunciado en el curso de las últimas décadas en nuestra literatura colonial y en nuestros parlamentos como verdades racionales, siendo adoptadas luego por la opinión pública”.

ALBERT SCHWEITZER

poetas que, con sus fantasías, nos trasladan a los sitios de encanto en los que no nos hallamos presentes!

Con todo cariño saluda al señor Director de LA REPUBLICA esta incansable buscadora de perlas finas que tanto abundan en nuestra literatura nacional,

LUZ DEL ALBA